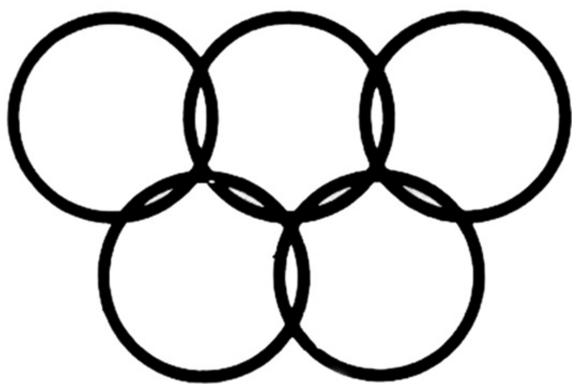


EL ALIENTO DE KIAI

Lou Carrigan



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

LOU CARRIGAN

EL ALIENTO DEL KIAI

Colección
DOBLE JUEGO n.º 17
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 19.122-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1982
1.ª edición en América: enero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Poco después del mediodía, un taxi se detuvo delante del 2.665 de Warren Boulevard, en Washington. El pasajero del taxi estuvo unos segundos contemplando el elegante y serio edificio de apartamentos, con expresión pensativa. Por fin, pareció ponerse de acuerdo consigo mismo, asintiendo con la cabeza.

Pagó al taxista, se apeó, y de nuevo se quedó mirando el edificio, mientras el taxi se alejaba.

El hombre caminó hacia el edificio, y entró en el vestíbulo donde el conserje te dirigió una mirada indiferente. No parecía que aquel desconocido mereciese mucho más. Más bien alto, delgado, vestido con seria elegancia, cabellos y ojos oscuros, rostro de rasgos angulosos y secos. Debía tener unos treinta años, y lo único que, por el momento, podía llamar la atención sobre él eran sus ojos; más que sus ojos en sí, su modo de mirar, directo, sosegado, sereno.

Se acercó a la cabina del conserje.

—Buenas tardes. El señor Maeda vive aquí.

No fue una pregunta, sino una afirmación. El conserje sintió un relativo interés por el hombre, entonces.

—Vivía... —contestó—. ¿No se ha enterado usted? Al señor Maeda lo... Bueno, está muerto. Le cortaron la cabeza.

El conserje se estremeció, pero el visitante ni siquiera parpadeó. No hubo en su rostro ni el más insignificante gesto.

—¿Y el señor Nakajima?

—¿Nakajima? Bueno, ese nombre también parece japonés, ¿verdad?

—Lo es.

—Sí, ya... Bueno, en este edificio nada más había un inquilino japonés, y era el señor Maeda. ¿No leyó usted en los periódicos... lo sucedido?

—¿Seguro que el señor Nakajima no vive aquí?

—Segurísimo.

—Pero quizá usted lo conozca, como amigo del señor Maeda...

Quizá alguna vez el señor Nakajima visitó al señor Maeda, o le llamó, o le dejó algún recado.

—El señor Maeda jamás recibía visitas en su apartamento. De ninguna clase. En cuanto a llamadas telefónicas, puesto que los teléfonos de los apartamentos son directos, no puedo informarle al respecto. ¿Es usted amigo del señor Maeda?

El hombre sacó una pequeña libreta con un bolígrafo diminuto metido en el lomo. Arrancó una hoja, escribió rápidamente, y tendió la hoja al conserje. Este le echó un rápido vistazo. Allá solo ponía:

«JERRY STACK
Mayer Hotel, Hab. 308»

—¿Es usted Jerry Stack? —preguntó.

—Sí. Voy a rogarle que sea tan amable de conservar mi nombre y dirección en Washington. Si el señor Nakajima o algún amigo de este viniese aquí… ¿será tan amable de decirle que me llame por teléfono, o que me visite en mi hotel?

—Lo haré con gusto. Ha sido espantoso lo sucedido con el señor Maeda, ¿no cree? Era un hombre muy educado. Y muy inteligente. Los periódicos dicen que era un gran científico médico. A su entierro asistieron un montón de sabios; gente con cerebro, ¿comprende?

—Es natural.

—Casi todos eran miembros del Science Club. Creo que el señor Maeda iba mucho por allí. Ya se sabe: Dios los cría y ellos se juntan.

—Sí —asintió Jerry Stack—. Gracias por todo. ¿Tiene un listín telefónico?

—Por supuesto.

El conserje colocó el listín en manos de Stack, que buscó en él, asintió, y lo devolvió.

—De nuevo gracias. Adiós.

—Adiós…

De nuevo en Warren Boulevard, Jerry Stack estuvo caminando hasta que pasó un taxi libre. Lo llamó, se metió dentro, y le dio la dirección del Science Club, que había encontrado fácilmente en el directorio telefónico.

Veinte minutos más tarde, el taxi se detenía ante un edificio de dos pisos y aspecto honorablemente vetusto, pero bien cuidado. Las palabras «Science Club» estaban en un rótulo pegado a la pared, junto a la puerta, en letras de latón muy brillantes.

Lo primero que notó Jerry Stack al entrar en el Science Club fue el silencio, que contrastaba con el rumor que había dejado afuera, en Virginia Avenue. Había un vestíbulo amplio, en el que no se veía a nadie. Había un par de sillones, una lámpara colgante, y nada más, salvo una puerta a la derecha. Stack la empujó, y entró en una habitación más pequeña, con cuadros, un sofá, dos sillones, gran alfombra... Detrás de una mesa, un hombre había alzado la cabeza, y le miraba. Stack se acercó.

—Quisiera ver al señor Maeda —pidió.

El conserje del club parpadeó.

—El señor Maeda no está aquí. Falleció.

—Ah...

—La noticia salió en todos los periódicos. No creo que haya mucha gente que ignore eso... Fue encontrado el cuerpo del señor Maeda, pero no su cabeza. Algo espeluznante. Es extraño que usted no haya leído nada sobre eso... Hasta me pareció, al verlo, que era usted periodista.

—No, no ¿Y el señor Nakajima? ¿Sabe si está en el club?

—¿Nakajima? No hay ningún socio llamado así en este club.

—Vaya... Es una gran contrariedad. ¿Está seguro?

—Naturalmente.

—Pues resultará que he hecho el viaje en vano... ¿Le molestaría mucho asegurarse de si el señor Nakajima está o no, en el club? No es que dude de su conocimiento de los socios —añadió rápidamente—: solo pienso que, aunque no sea socio, el señor Nakajima podría estar aquí de visita, quizá.

—Lo dudo, pero no tengo inconveniente en complacerle. Puedo llamar al señor Nakajima por los altavoces... ¿Quién le digo que le busca?

—Stack. Jerry Stack.

El conserje asintió, tomó el micrófono, y con voz muy baja, suave, impartió la noticia por los diversos salones del Science Club: el señor Jerry Stack solicitaba ver al señor Nakajima.

Cinco minutos más tarde, Jerry Stack se dio por vencido. No

parecía que el señor Nakajima estuviese en el Science Club, ni que nadie le conociese. Como antes en el edificio de Warren Boulevard, Stack sacó su pequeña libreta, arrancó una hoja, y escribió en ella su nombre y el del hotel, así como el número de su habitación. Le entregó la hoja al conserje.

—Le agradecería que, de cuando en cuando, vaya llamando al señor Nakajima de mi parte. No quisiera perder el viaje, así que tengo que conservar la esperanza de que él aparezca por aquí. Si así fuese, por favor, dígale que me llame por teléfono o me visite en mi hotel. ¿Puedo contar con ello?

—Sin duda, señor Stack.

—Muy agradecido.

Stack salió del Science Club, y tomó otro taxi.

—¿Conoce algún lugar donde alquilen coches? —preguntó al taxista.

—Sé de un sitio tan bueno como otro cualquiera —el taxista se volvió, sonriente—, solo que en ese sitio me dan una pequeña comisión por cada cliente que les llevo. ¿Le parece mal?

—Claro que no.

Cuarenta minutos más tarde, Jerry Stack salía de la *renta-car* con un «Dodge» del 75, color granate, y en condiciones perfectas. Gozando ya de autonomía, parecía que debía continuar recorriendo Washington en busca del señor Nakajima, pero no fue así. Se dirigió directo a su hotel. Y esto, por la sencilla razón de que ya no sabía qué más hacer. Dejó el coche en el estacionamiento del hotel, subió a su habitación, se cerró con llave, y fue al armario. Dentro de este había solamente una maleta sólida y elegante, de piel de cerdo, y un estuche delgado y largo de algo más de un metro, negro.

Stack sacó la maleta, la colocó sobre la cama, y la abrió. Lo que había encima de todo eran periódicos; los puso sobre la cama, cerró la maleta, y volvió a guardarla en el armario, junto al largo estuche circular, que lo mismo podía contener una larguísima flauta que un catalejo…

Tomó los periódicos, fue a sentarse en un sillón, y comenzó a leer, una vez más, las noticias sobre el terrible asesinato del científico japonés afincado en Estados Unidos, Teruhiko Maeda. Sabía perfectamente que en ningún periódico se mencionaba el nombre de Nakajima, pero lo buscó una vez más. Nada. Lo que sí se

explicaba de varias maneras era la muerte de Teruhiko Maeda. La noticia del asesinato de un hombre cortándole la cabeza, era de por sí, escalofriante, pero más escalofriante todavía era la circunstancia de que esto no era la primera vez que sucedía en Estados Unidos. Desde tres meses atrás, otros hombres habían sido asesinados del mismo modo: les habían cortado la cabeza, dejando sus cuerpos sumergidos en un mar de sangre. Todos los hombres asesinados tenían algo en común con Teruhiko Maeda: eran mentalmente excepcionales, cada uno de ellos en una actividad: política, economía, medicina, investigaciones científicas… Cerebros de primera categoría. Y ninguna de sus cabezas había sido hallada. Solo los cuerpos.

Jerry Stack dejó los periódicos a un lado, finalmente, y tras pasarse las manos por la cara, decidió echarse un rato en la cama. No para descansar, pues no estaba cansado en absoluto, sino para pensar cómodamente. No era fácil que él llegase a experimentar cansancio.

Tendido en la cama, comenzó a darle vueltas al asunto. ¿Qué más podía hacer, si solo disponía de aquellos datos? ¿Acudir a la policía para que le informasen de más cosas? Claro que no. En primer lugar, la policía no le diría nada de lo que supiese. Y en segundo lugar, considerando que todo el país estaba pendiente de estos asesinatos, era seguro que si él se presentaba en busca de información sin ser periodista, llamaría la atención. Querrían saber quién era, por qué buscaba a Nakajima… al cual nadie parecía conocer. Bueno, esto era lógico, si se tenía en cuenta que quizá Maeda solamente había hablado del tal Nakajima a…

La llamada a la puerta le hizo abrir los ojos. Se quedó mirando el techo, impenetrable el rostro. La llamada se repitió. Stack salió de la cama, y fue a abrir.

—¿Señor Stack?

Jerry casi sonrió al ver a la muchacha.

—Sí. Yo soy Jerry Stack.

La preciosa muchacha abrió el bolso que llevaba en bandolera, y sacó un estuche, que abrió y colocó ante los ojos de Stack.

—Soy Sarah Barrow, sargento de detectives del Departamento de Policía. ¿Me permite pasar?

El estupefacto gesto de Stack duró apenas un segundo.

Enseguida se apartó, cediendo el paso a la sargento Barrow. Cerró, y se quedó mirándola expectante. Ella sonrió amablemente. Preciosa... ¡Preciosa!

—Es fácil deducir que no reside usted en Washington, señor Stack.

—No.

Sarah Barrow miró alrededor, largamente.

—¿Conoce a alguien en Washington, señor Stack?

—¿Qué es lo que ocurre? —casi consiguió sonreír Jerry—. ¿He hecho algo malo, sargento?

—Supongo que no.

—Entonces... ¿a qué viene este interrogatorio? Soy un ciudadano norteamericano viajando por mi país, simplemente. No me diga que a todos los forasteros en Washington los someten a interrogatorio.

—Claro que no, señor Stack. Por la sencilla razón de que no todos los forasteros se interesan por Teruhiko Maeda.

—¡Ah! Entiendo... Bueno, es natural que la policía tuviese bien montadas sus redes en el domicilio de Maeda, claro.

—Y del Science Club, señor Stack. ¿Quién es el señor Nakajima?

—Vaya... Trabaja usted rápido y bien, según parece.

—Trabajamos lo más rápido que podemos, pero no demasiado bien, ya que la única pista que tenemos hasta ahora es, precisamente, usted. O quizá ese señor Nakajima... que nadie conoce. Salvo usted, se entiende.

—Se equivoca. Yo tampoco conozco al señor Nakajima.

—En ese caso... ¿por qué se está interesando por ellos?

—Eso es cuenta mía.

—¿Le gusta complicarse la vida, señor Stack?

—Si vale la pena, sí.

La respuesta dejó atónita a Sarah Barrow. Generalmente, la gente suele contestar que no, que ni mucho menos les gusta complicarse la vida.

—Pues lo está consiguiendo. Puedo conseguir una orden de detención contra usted, llevarlo al Departamento, y allá someterlo de modo más adecuado a un interrogatorio formal.

—¿Puedo pedirle, antes, dos favores?

—¿Qué favores? —refunfuñó la policía.

—Primero, dígame el nombre de un buen abogado. Luego,

cuando ya lo tenga a mi lado, le dice usted a él de qué me acusan para detenerme.

—Es usted un tipo listo, ¿eh?

—Lo soy. Y un ciudadano honrado. ¿Algo más, sargento?

—Puedo pedir informes de usted a Los Ángeles, y tener respuesta antes de dos horas.

—Cada cual puede perder el tiempo como le plazca... ¿Tiene usted teléfono, sargento? Teléfono privado, quiero decir.

—Claro que tengo.

—¿Sería tan amable de decirme el número? Y dígame, también, a qué hora termina su turno de servicio: me gustaría invitarla a cenar.

Sarah Barrow frunció el ceño. Luego, sonrió.

—Le ruego que no salga de la ciudad, señor Stack.

—Creí que iba a decirme su número de teléfono.

—No tendrá ningún problema para saberlo, si realmente le interesa: está en la guía. O puede preguntar por mí en el Departamento.

—Jamás se me habría ocurrido nada tan fácil.

—Eso debe ser porque a usted le gusta complicarse la vida.

—Sí, eso debe ser.

—Hasta la vista, señor Stack.

—Encantado ante esa perspectiva.

Sarah Barrow salió, cerrando cuidadosamente. Jerry volvió a tenderse en la cama. Ya no estaba en absoluto sorprendido: era natural que la policía hubiese puesto vigilancia de todas clases en los puntos donde pudiera conseguir alguna pista sobre Teruhiko Maeda. Pero no parecía que supiesen gran cosa. Esto también era natural: como buen japonés dedicado a la ciencia, Maeda no debía haber sido hombre de los que pierden el tiempo con diversiones o amistades ajenas a sus estudios científicos... Lo que llevaba a Jerry Stack a la conclusión de que tenía muy pocas posibilidades de conseguir, por su parte, alguna pista que no partiese del Science Club... o del Centro Anatómico donde Teruhiko Maeda había trabajado y estudiado.

Había dejado este lugar como último recurso, pensando que la policía sí debía estar rondando por allí, pero, ahora que la policía ya le había detectado, no tenía por qué privarse de ir al Centro

Anatómico, donde seguramente sí podría conseguir algún dato sobre el tal Nakajima. Debía ser otro japonés que trabajaba allí.

«Pero si voy ahora allá, daré tiempo a la sargento para que movilice a sus huestes policiales a la espera de un tal Jerry Stack. Así que vamos a ver si consigo adelantarme».

En la guía telefónica de Washington, de la que tenía un ejemplar en la habitación, buscó el Centro Anatómico. Estaba, naturalmente. Iba ya a marcar el número cuando, de pronto, sonrió, y se dedicó a buscar el de Sarah Barrow. Estaba, en efecto. El de Nakajima no se molestó en buscarlo, por la sencilla razón de que ya lo había hecho nada más llegar a Washington, y no lo había encontrado.

Llamó al Centro Anatómico.

—¿...?

—¿Centro Anatómico?

—…

—Buenas tardes. Estoy intentando localizar al doctor Nakajima, pero no está en su domicilio. ¿Sería tan amable de ponerme con él, por favor?

—¿…?

—Sí, espero. Gracias.

Pasó casi un minuto, durante el cual Jerry comenzó a pensar en la conveniencia de advertir a Nakajima que la policía ya tenía noticias de su existencia, y que sería conveniente que se viesen ellos antes de que la bella sargento Barrow le echase encima sus bonitas garras.

—¿...?

—Sí, sí, dígame.

—…

—Ah... —se decepcionó Jerry—: Bueno, estaba seguro de que sí hay un doctor Nakajima.

—…

—Pues lo siento. Perdone la molestia y gracias de nuevo.

Colgó, se tendió otra vez en la cama, y se quedó inmóvil, con las manos sobre el vientre.

Extraordinarias manos. Grandes, insólitamente musculosas, pero ambas, de largos dedos. Cada milímetro cuadrado de esas manos parecía un tratado de anatomía muscular. Bien cuidadas, perfectas.

Los párpados de Jerry Stack se cerraron, el cuerpo se relajó

completamente. Durante casi dos horas estuvo así, inmóvil, descansando tan profundamente, tan sosegadamente, que su pecho ni siquiera se movía.

Cuando sonó el teléfono no se sobresaltó en lo más mínimo. Ni se alteró su respiración, ni su gesto. Ni siquiera abrió los ojos enseguida. El teléfono sonó por segunda vez, por tercera, por cuarta... Sosegadamente, Jerry Stack se sentó en el borde de la cama, y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—¿...?

—Por supuesto que me interesa.

—...

—Puedo estar ahí en media hora, más o menos. Discúlpeme si me retraso unos minutos, pero no conozco bien Washington y sus alrededores.

—…

—Gracias. Voy para ahí.

Colgó, estuvo pensativo unos segundos, y luego fue al armario, del cual sacó el largo estuche. Lo abrió, y se quedó mirando el reluciente sable de hoja apenas curvada, con punta en diagonal. Un sable macizo, pesado, de mango muy largo y guarda muy pequeña y circular. El nombre de ese sable, en Japón, era *katana.*

Jerry Stack cerró el estuche, lo asió por la pequeña asa, situada cerca de un extremo, y salió de su habitación en el Mayer Hotel.

CAPÍTULO II

Pese a que, naturalmente, se procuró un mapa del estado en el hotel, tardó más de lo que había supuesto en encontrar el lugar de la cita con la muchacha. Sí, una muchacha, de voz dulce y cautivada, con sonidos del más puro cristal. Era de esperar que además tuviese la suficiente paciencia y comprensión para aceptar el retraso de quien le había dicho no conocer aquellos lugares.

Cuando se detuvo en el lugar que le parecía que era el de la cita, en una carretera que discurría cerca del Potomac River, separada de este por una ancha franja de árboles, estaba anocheciendo. Pese a esto, vio perfectamente el coche, fuera de la carretera, discretamente metido entre algunos de los árboles de gran copa densa. Siguiendo la corriente del Potomac, hacia la derecha, se veía el insólito resplandor del sol convertido en una llamarada, al despedirse de los cerezos en flor...

Sonriendo, Jerry Stack se apeó del coche, tras detenerlo también fuera de la carretera. Miró hacia la masa rosada de los cerezos, y movió la cabeza: por muchos cerezos que hubiesen allí, nunca se parecería aquel lugar a los que él había visitado de Japón...

—¿Señor Stack? —le llegó la voz masculina.

Miró hacia el otro coche. Un hombre se había apeado de él, y le estaba mirando. No había nadie más en el coche, al parecer. El hombre le hacía señas para que se acercara. Jerry sacó el estuche del coche, y caminó despaciosamente hacia el hombre. Sus pies no producían el menor sonido en el suelo, parecía que ni siquiera lo tocase.

—¿Es usted el señor Stack?

—Sí, pero mi cita era con...

—Ella le está esperando. Le gusta ver el río.

Jerry asintió. Se emparejó con el hombre, y caminaron los dos cruzando la arboleda en silencio. Jerry miraba de reojo al sujeto. Era de raza blanca, desde luego. Alto, fornido, un tanto hosco, bien vestido. Unos treinta y tantos años. A medida que se acercaban al

río oía el rumor manso de las aguas.

Estaban ya muy cerca de la orilla cuando Jerry vio a la mujer, sentada de espaldas a ellos, sin duda contemplando el río. Continuaron caminando, y cuando estaban a cinco o seis metros, la mujer se volvió, tras ponerse en pie.

Jerry Stack se detuvo en seco. Seguramente, aquella mujer debía ser muy hermosa, a juzgar por su cuerpo; y sobre todo por su voz musical, cristalina... Pero parecía que no gustase de exhibir su belleza facial, ya que llevaba una máscara ocultando completamente el rostro. Una máscara que a Jerry le recordó las que usaban actores japoneses del teatro *Noh.*

—Buenas tardes, señor Stack —sonó la dulce voz musical—. Se ha retrasado usted bastante.

—Lo lamento... —se recobró enseguida Jerry—. Ya le dije que no soy de aquí.

—¿De dónde es?

—De California.

—Entonces, ha viajado usted mucho.

—Hoy en día los aviones resuelven esos pequeños problemas.

—Sin duda. ¿Es usted amigo del doctor Maeda?

—En cierto modo.

—¿Qué quiere decir en cierto modo?

Jerry se acercó lentamente. Tras él oía las pisadas del atlético sujeto, pero se desentendió de él. Toda su atención estaba fija en la muchacha de la máscara, que, efectivamente, tenía un cuerpo magnífico. Y unas manos deliciosas, blanquísimas, de una delicadeza increíble, con las uñas pintadas de un rojo intenso.

—El señor Maeda era amigo de un amigo mío.

—¿Y el señor Nakajima, por el cual también ha preguntado usted?

—El señor Nakajima fue mencionado por el señor Maeda en una carta que dirigió a nuestro común amigo.

—¿Y quién es ese amigo de usted y del señor Maeda?

—No quisiera parecerle grosero, ni siquiera brusco, pero me parece que ya ha hecho usted bastantes preguntas. En cambio, yo no he hecho ninguna.

—Pues haga alguna —rio la muchacha.

—Empezaré por la más lógica: ¿quién es usted?

—Puede llamarme *Kami*.

Jerry Stack inclinó la cabeza hacia un lado, y sus párpados se entornaron. Miró de nuevo las blancas manos de la muchacha, y sus rubios cabellos, que aparecían por los lados de la máscara.

—Evidentemente —murmuró—, usted no es japonesa.

—Claro que no... —se sorprendió ella—. ¿Por qué tendría que serlo?

—Uno podría pensar algo así, al verla con esa máscara. Eso, en primer lugar. Luego, por si no lo sabe, le diré que su nombre es japonés... aunque no resulte muy adecuado para una muchacha: significa nada menos que Divinidad.

—¡Oh! ¡Es usted una persona muy culta, señor Stack!

—En efecto. Vamos a dejarnos de bromas, señorita. ¿Con quién estoy hablando?

—Ya le he dicho que puede llamarme *Kami*.

—Está bien, señorita *Kami*. Veamos, usted se ha enterado de que yo andaba buscando al señor Nakajima, ya que yo he hecho lo posible para dejar un rastro bien claro. He conseguido mis propósitos de contactar con alguien relacionado con el señor Nakajima y el señor Maeda. Y ahora pregunto: ¿cuáles son los propósitos de usted, al aceptar ese contacto?

—Al parecer, señor Stack, con usted la conversación tiene que ser directa, concreta y rápida. ¿No es así? Me parece bien, así que me pondré a su nivel, nosotros queremos saber para qué busca usted a Nakajima, y qué sabe de él.

—Esta conversación me recuerda la rueda de una noria: por muchas vueltas que dé, no va a ninguna parte.

—Lo siento. Somos nosotros quienes preguntamos.

—Entonces, yo seré quien no contesta. Pero soy persona muy razonable, así que hagamos un trato: póngame en contacto con el señor Nakajima, y a él le diré todo lo que quiera saber sobre mí y mis motivos para buscarle.

—¿Qué decía sobre el señor Nakajima la carta que el señor Maeda envió a su amigo común?

—¿Es usted el señor Nakajima?

—No —rio la muchacha.

—Entonces, no hay respuesta. Lo siento.

—Es usted un hombre muy terco. ¿No se le ha ocurrido pensar

que nosotros podemos obligarle a hablar?

Jerry Stack tenía un rostro anguloso, pétreo, impenetrable. Pero al oír esto, sonrió, y su delgada bocaza se estiró. Parecía en verdad muy divertido. Y casi resultaba simpático, en aquel momento.

—¿Se ríe usted? —exclamó *Kami*.

—Soy una persona afable: me divierten los chistes.

La muchacha hizo una leve seña al hombre que había quedado detrás y algo a la derecha de Jerry Stack. Este captó la seña, por supuesto, y su reacción fue tan veloz, tan fulminante, que pareció que el otro hombre se estuviese moviendo a cámara lenta: se volvió desplazando solo un pie, como deslizándolo por el suelo, con tal velocidad y contundencia, que lo alcanzó en la barbilla de lleno y lo derribó de espaldas. El hombre lanzó un gruñido, alzó el torso sacudiendo la cabeza… y la punta del estuche le golpeó ahora en la frente, derribándolo de nuevo, sin sentido.

La muchacha estaba gritando algo que Jerry no entendía, al mismo tiempo que comenzaba a correr para alejarse de allí. Pero la velocidad de desplazamiento de Jerry Stack era increíble, fulgurante. Cortó el paso a la muchacha, la agarró por un brazo, la colocó frente a él, pecho con pecho, controlándola con el brazo doblado a la espalda y, dejando caer el estuche, le arrancó la máscara de un tirón.

—¡Dios…! —exclamó Stack.

Ante él tenía el rostro más horrendo que había visto en su vida, lleno de quemaduras y cicatrices. Entre puñados de carne roja y retorcida, dos ojos indescriptibles lanzaban chispas de furia hacia Jerry, cuyo desconcierto y espanto era tal, que quedó petrificado.

Pero solo un instante, porque cerca de él, en alguna parte, oyó el sonido de algo pesado al caer al suelo. Soltó a la muchacha, y se volvió, a tiempo de ver al tercer hombre descolgándose de un árbol, reuniéndose con los otros dos que ya lo habían hecho. También eran blancos; cada uno de ellos empuñaba un sable corto, de anchísima hoja, que Stack no pudo clasificar; lo que sí constató enseguida fue el afiladísimo borde de aquellas armas.

—Cortadle la cabeza… —jadeó *Kami*, tras recoger la máscara del suelo—. ¡Matadlo, matadlo, matadlo…!

El hombre más cercano a Stack saltó hacia él, con el sable en alto… Para su asombro, Stack no retrocedió, sino que acudió a su

encuentro, tendiendo sus bellas manos, con las que paró el golpe aferrando la muñeca del hombre. Sus manos se deslizaron velozmente hacia la del otro, alzó el brazo armado, pasó por debajo retorciéndolo, y tiró hacia arriba… La presa de *Aikido* proyectó fuertemente al hombre contra un árbol, de espaldas y cabeza abajo. El hombre lanzó un alarido, rodó por el suelo, y se puso en pie, aullando de rabia, tambaleándose.

Los otros dos cargaban ya contra Jerry, sables en alto. Quizá esperaban también que él acudiese a su encuentro, pero esta vez sucedió todo lo contrario: Jerry Stack desapareció de su trayectoria como si fuese un fantasma, giró elegantemente, y llegó adonde había dejado caer su estuche, que abrió rápidamente.

—¡Matadlo! —chillaba *Kami*—. ¡Matadlo ahora mismo! Stack sacó su sable japonés, lo empuñó con ambas manos, y lo colocó verticalmente ante él. Su gesto fue tan suave, tan hábil, tan natural, que los tres hombres que cargaban contra él se detuvieron en seco.

—¡Cortadle la cabeza! —aulló *Kami*, tras colocarse la máscara.

Los tres hombres reanudaron la carga… Stack alzó un poco más la *katana,* y acudió a su encuentro, blandiéndola con tal ligereza que parecía una simple caña. En el momento en que soltaba el velocísimo tajo circular, de su vientre brotó, directo, sonoro, nítido, su *Kiai:*

—¡DOYOooüOOOOoüUOOüÜOÜ…!

La explosión de su energía vital apoyó el impulso del sable. Hubo un chasquido de aceros, y los sables de dos hombres fueron arrancados de sus manos por el tremendo impacto de la *katana,* con tal potencia, que los dos hombres cayeron sentados. El tercer hombre lanzó el tajo hacia la cabeza de Stack, pero este desapareció de su posición, giró, alzó de nuevo la *katana,* y cuando con toda facilidad podía haber abierto en dos la cabeza de su enemigo considerando la potencia de descenso de su arma, esta quedó a un centímetro de los cabellos del hombre, que palideció intensamente, cerrados los ojos, como rotos sus oídos por el vibrante *Kiai* de Jerry Stack:

—¡DoYoOOOOOOOO…!

El hombre abrió los ojos, y vio, ante él, aquel cuerpo enjuto, aquel rostro anguloso, los perforantes ojos negros… Y las musculosas manos sosteniendo sobre su cabeza el sable japonés. La

comprensión de que estaba vivo por simple clemencia de Stack lo mantuvo paralizado un instante. Luego, saltó vivamente hacia un lado, pensando en pasar de nuevo al ataque… La *katana* se movió, como un ser vivo, relampagueando en las primeras sombras de la noche, girando de modo que fue el lomo y no el filo lo que golpeó al hombre en la espalda, derribándolo fulminantemente.

Los otros dos, desorbitados los ojos, miraban a Stack, que se volvió hacia ellos, alzó el sable, y pareció susurrar:

—Doyooooo…

Como si acabase de picarles un escorpión, los dos hombres se pusieron en pie de un salto, recogiendo sus cortos sables de gran filo… muy apto para decapitar.

—OOOOOoooOOOOO… —continuó el *Kiai* de Stack, muy suave, mientras continuaba desplazándose hacia ellos.

—¡Quietos! —llegó una voz en dirección a la carretera—. ¡Que no se mueva nadie!

Kami lanzó una exclamación ahogada, y, desoyendo aquella orden proferida por una voz femenina, echó a correr hacia la carretera, por entre los árboles, mientras los dos hombres armados olvidaban inmediatamente a Stack, y echaban a correr también…

—¡Deténganse o disparo!

Los dos hombres continuaron corriendo. El que había recibido en la espalda el sablazo propinado por Stack también se puso en pie, tambaleándose, y echó a correr, a trompicones… mientras el que había quedado sin sentido al principio, ya recuperado, sentado ahora en el suelo, llevaba la mano derecha hacia su axila izquierda.

¡Pack, pack, pack! restallaron los disparos que la persona que llegaba efectuó en dirección a *Kami* y los tres hombres que corrían. El único hombre que quedaba allí se puso en pie de un salto, vio a la muchacha que llegaba corriendo, alzó su pistola…

¡Fssss! silbó la *katana* en el aire. Resonó el impacto del acero contra el antebrazo del hombre, que lanzó un aullido tremolante cuando el lomo del sable le partió el hueso como si fuese un simple palillo. La pistola saltó por el aire, y el hombre, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas se quedó mirando su antebrazo colgante. Y todavía podía haber sido mucho peor, pues de haber utilizado Stack el filo, lo habría amputado con toda facilidad…

¡Pack, pack! disparó, de nuevo, la persona que llegaba.

Jerry Stack lanzó un respingo, y se dejó caer al suelo, mientras el hombre del antebrazo roto, lívido, se ponía en pie y echaba a correr, dando bandazos, como borracho.

¡Pack, pack! restallaron dos disparos más.

—¿Se ha propuesto matarme? —gritó Jerry.

Las balas habían pasado, crujiendo secamente, por encima de él; pero, evidentemente, no iban dirigidas contra él. Más allá, se oyó un grito de dolor… y, casi al mismo tiempo, el fuerte zumbido del motor de un coche.

La sargento Barrow, que llegaba corriendo entre los árboles en dirección al lugar donde se hallaba Stack, desvió su marcha en pos de *Kami* y sus hombres, gritando:

—¡No se mueva de ahí!

Reemprendió la ascensión del suave declive, mientras Jerry Stack se ponía calmosamente en pie y se sacudía las ropas con gestos elegantes, mesurados. Luego, recogió el sable japonés, lo guardó en el estuche, y dejó este cuidadosamente apoyado en un árbol. Mientras recogía el único sable tipo alfanje que había quedado en el suelo, oyó todavía dos disparos más, efectuados por la pistola de Sarah Barrow, y sonrió.

—Nueve: se te acabó el combustible, sargento.

En efecto, ya no oyó ningún disparo más… y sí, en cambio, el zumbido del motor del coche de *Kami*, alejándose. Un zumbido que duró pocos segundos. Luego, volvió el silencio, hasta que Sarah Barrow regresó, con la pistola en la mano y el gesto enfurruñado.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el alfanje.

—Un *bart cham dao.*

—¿Un qué?

—Un arma china, una especie de cuchillo-sable… Muy apto para cortar cabezas, si se sabe manejar bien.

Sarah Barrow palideció.

—¿Está usted bien? —preguntó, abruptamente.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Yo tamb… ¿Se está burlando de mí?

—Solamente trato de ser cortés.

—¡Le dije que no saliese de la ciudad!

—Lo sé. He cometido la descortesía de desobedecerla. Espero que la sanción no sea demasiado grave, sargento. ¿Ha conseguido

algo con su pirotecnia?

—¿Con mi qué?

—Con su pim-pam-fuego —señaló la pistola.

—Creo que herí a uno... —gruñó Sarah—. Pero se me terminaron las balas.

—Eso nunca me sucede a mí, jamás me quedo sin munición. Mis armas son de funcionamiento inagotable.

—¿Ese trasto es de usted?

—No. Pertenece a un caballero que quería cortarme la cabeza.

Sarah Barrow se quedó mirándolo fijamente.

—Está bien... —murmuró—. ¿Qué ha pasado?

—Ya sé su número de teléfono —sonrió prietamente Jerry—, pero no me dio tiempo a llamarla para invitarla a cenar. Además, no la habría localizado ni en el Departamento de Policía ni en su casa... puesto que estaba usted cerca de mi hotel espiándome.

—A eso debe seguir con vida, señor Stack. Si yo no hubiese intervenido con mi pistola, en estos momentos no tendría cabeza.

—Le estoy sumamente agradecido. La verdad es que no sabría qué hacer sin cabeza.

—Es usted muy irónico, señor Stack.

—Solo con los amigos.

—Muy amable. Y ahora, ¿quiere decirme de una vez qué ha pasado aquí?

Jerry Stack se colocó el sable chino bajo la axila, y movió la mano derecha describiendo pequeños círculos con el dedo índice...

—¿Qué hace usted? —se sorprendió la sargento.

—Estoy llamando por teléfono... —Stack simuló colocarse un auricular telefónico—. ¿Es usted, sargento Barrow?

—¡Déjese de tonterías! —exclamó Sarah.

—Debo haberme equivocado de número... —Stack volvió a «marcar» un número telefónico, e insistió—: ¿Sargento Barrow?

Sarah lanzó un bufido, y contestó:

—Yo misma. ¿Diga?

—Soy Jerry Stack, sargento. Tal como le dije antes, me gustaría invitarla a cenar. ¿Está libre de servicio esta noche?

—Estaré libre a las siete —comenzó a sonreír Sarah.

—Magnífico. Pasaré a buscarla a las siete y media. ¿Le parece bien?

—De acuerdo —asintió la policía.

—Todavía más magnífico. Espero que tenga un bonito vestido de noche.

—Me las arreglaré —casi rio Sarah.

—Y sobre todo, quítese la cara de policía, por favor.

—¿Y qué cara me pongo?

—La cara de chica-guapa-simpática. Apuesto a que con esa cara consigue muchas más cosas de mí que enseñándome una placa metálica. Haga la prueba; verá qué bien le va. Otra cosa: como soy forastero, no sé adónde llevarla. ¿Se le ocurre a usted algún sitio agradable?

—Desde luego. Yo sí conozco Washington, señor Stack.

—Perfecto. Hasta las siete y media, sargento.

—Debería llamarme señorita Barrow, ¿no le parece? Ya que estaré fuera de servicio…

—Eso debió ocurrírseme a mí, señorita Barrow. ¿A las siete y media, entonces?

—En punto, señor Stack.

—Vale.

—Vale —rio de nuevo Sarah.

—*¡Clinck!* —dijo Stack, simulando colgar el auricular.

—*¡Clinck!* —hizo lo mismo Sarah Barrow, riendo aún más.

Para pasmo de ella, Jerry Stack la ignoró completamente y se dirigió hacia la carretera. Atónita, la sargento Barrow estuvo unos segundos mirando a Stack, esperando que este se detuviera, o le dijera algo… Pero no. Jerry Stack llegó a la carretera, se metió en su coche, y partió. A fin de cuentas, ya había cortado la «comunicación».

Cuando Sarah Barrow llegó adonde había dejado el coche con el que había seguido a Stack desde el hotel, había dejado ya de refunfuñar, y sonreía de nuevo.

—Curioso personaje… —dijo en voz alta, sentándose ante el volante—. ¡En verdad interesante! Y, naturalmente, lo de la cena no es ninguna broma, estoy segura.

CAPÍTULO III

A las siete y media rigurosamente en punto, sonó el timbre en la puerta del apartamento de la señorita Sarah Barrow. Y esta, que esperaba ante la puerta, abrió a las siete y media y una décima de segundo.

Lo primero que vio fue un pequeño ramillete de flores lilas que casi tocaron su nariz.

—Buenas noches, señorita Barrow —oyó la voz, detrás de las flores.

—Buenas noches, señor Stack. Pase, por favor... Y gracias por las flores. ¡Son preciosas!

—Celebro haber acertado en la elección.

—Estoy segura —dijo Sarah, cerrando la puerta— de que usted siempre acierta en todo.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Jerry.

—Porque nada más llegar a Washington ya encontró a los... cortadores de cabezas.

—Pura suerte. En pocas palabras: está usted... divina. ¡No, no! —se sobresaltó—. ¡No he querido decir eso! Vamos a dejarlo en preciosa y encantadora.

—La verdad es que me gustaba más lo de divina.

—Pero no le gustará cuando le hable de cierta divinidad... de *Kami*.

—¿A quién se refiere?

—Hay tiempo.

—De acuerdo. Usted también está muy elegante. Y celebro que haya recurrido a un simple traje oscuro. Me habría impresionado demasiado con esmoquin.

—Lo comprendo. Con esmoquin estoy irresistible. Bien... ¿lista para salir?

—Sí, pero... Bueno, señor Stack, yo he pensado que podríamos cenar aquí mismo. Es más íntimo y tranquilo. Espero que no le moleste.

—Además de ser policía... ¿sabe usted cocinar? —se pasmó Jerry.

—Me las arreglo.

—Fantástico. Entiendo que estamos solos, naturalmente.

—Como Adán y Eva.

—¿Está sugiriendo que nos desnudemos?

Sarah Barrow se echó a reír, tomó del brazo a Stack, y lo llevó hacía el interior del apartamento. Después de echar un vistazo al saloncito, en el que vio una mesita preparada para dos, con sus correspondientes velas encarnadas, Jerry aprobó:

—Espléndido. Un lugar agradable, acogedor, silencioso... Espero que este restaurante no sea demasiado caro.

—¿Qué quiere tomar? —rio Sarah.

—Jugo de tomate.

—¡Oh! ¡Había preparado unos Martini estupendos!

Stack frunció un instante el ceño.

—Tomaré un Martini —se resignó.

—¿No bebe usted?

—Salvo circunstancias especiales. Tampoco fumo. Ni, por supuesto, tomo drogas de ninguna clase.

—Eso es vida de atleta —se sorprendió Sarah—. ¿Es usted un atleta, señor Stack?

—Hago vida sana e inteligente; eso es todo. ¿Puedo ayudarla en algo con la cena?

—Todo está prácticamente a punto. Siéntese: le serviré el Martini.

—Muy cortito, por favor. Y con un «iceberg» dentro.

—¡De acuerdo! —rio Sarah.

Un minuto más tarde, los dos estaban sentados en el sofá, tomando el Martini. Stack dirigió una mirada a las rodillas de Sarah, que eran sencillamente sensacionales. Aunque menos que el busto, mostrado con generosa elegancia. Una piel fina, dorada, tersa como seda. Y unas formas bellísimas. Sarah Barrow tenía un cuello largo, precioso. Verlo y desear besarlo era todo uno.

—¡Bueno...! —exclamó Sarah—. ¿Qué me dice ahora, señor Stack, sobre lo que sucedió junto al Potomac?

—Ah, sí... Bueno, pues verá, después de irse usted, me dediqué a relajarme, y creo que me quedé traspuesto. Estuve así alrededor de

dos horas. Entonces, sonó el teléfono, y…

Cuando Stack terminó el relato, Sarah Barrow quedó pensativa. Por fin, murmuró:

—Parece que no podemos tener dudas de que hemos contactado con esa gente, señor Stack.

—*¿Hemos?*

—Bueno, se entiende que la policía utilizará los datos que usted acaba de facilitarme. Aunque no parece que eso nos lleve a parte alguna… a menos que usted me diga quién es ese amigo de usted y del señor Maeda al que este escribió habiéndole del señor Nakajima.

—Ese amigo está muy lejos, y le aseguro que no tiene nada que ver en esto. Por otra parte, no sabe nada más que lo que me dice en su carta.

—¡Ah! ¿Ese amigo de usted y de Maeda le ha escrito? ¿Puedo ver la carta?

—Cómo no —sonrió Jerry.

Sacó un papel doblado en tres, longitudinalmente, y lo tendió a Sarah, que lo tomó vivamente interesada, le desplegó… y alzó la mirada con sobresalto.

—¡Está en chino! —exclamó.

—En japonés —corrigió Stack.

—¿Sabe usted japonés?

—Me las arreglo —repitió Jerry la anterior frase de ella.

—Pues yo no. ¿Quiere ser tan amable de traducírmelo?

—Con mucho gusto. Veamos…

«Querido Jerry: »

> Ve a visitar en Washington a Teruhiko Maeda, 2.665, Warren Boulevard. Maeda se ha puesto en contacto con la Kuro Arashi solicitando una investigación, pues teme que alguien esté tramando algo horrible. Dice Maeda que hace unos días le visite un japonés llamado Nakajima, al que no conocía, y que le hizo una serie de extrañas y veladas proposiciones respecto a un empleo en el que ganaría mucho dinero y podría adelantar muchísimo en sus estudios científicos. Teruhiko Maeda se dedica al estudio de las células del cerebro, con vistas a prolongar en ella su vitalidad, de modo que se retrasaría considerablemente la natural degeneración del cerebro humano a partir de

determinada edad En cerebros jóvenes, ese posible logro de Maeda aumentaría la inteligencia y conservaría, no solo la juventud del cerebro, sino también la del cuerpo humano, habida cuenta de que el cerebro es el centro de la energía «eléctrica» del cuerpo. No sé más sobre Maeda, pero visítalo, dile que te envía Kuro Arashi, y él contestará a todas tus preguntas. Espero que puedas localizar a Nakajima, y, si come Maeda teme, está tramando algo extraño y siniestro relacionado con los cerebros humanos, elimínalo. Con mi afecto...»

Sarah Barrow, que había quedado estupefacta, reaccionó al cabo de unos segundos, con cierto sobresalto.

—¡Elimínalo! —exclamó—. ¿Qué quiere decir con eso su amigo? ¿Y quién es su amigo? ¡Aquí no hay firma, solo... solo este dibujo que parece...!

—Una estrella —sonrió Stack—. Es el emblema de la Kuro Arashi.

Sarah tomó la carta, y se quedó mirando el dibujo que ocupaba el lugar de la firma. Era una estrella, en efecto; una estrella negra, de seis puntas; en el centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados en terrible gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hostil, hosco, incluso amargo...

—¿Qué es la Kuro Arashi? ¿Una secta?

—El nombre significa Negra Tempestad. Y no, no es una secta: es una organización... benéfica.

—Señor Stack, usted tiene gran inclinación a tomarme el pelo, ¿verdad? Veamos: ¿pertenece usted a esta... Negra Tempestad?

—Así es.

—Santo cielo... Lo oigo y no lo creo. ¡Un hombre como usted, culto, inteligente, serio... metido en una secta! Y otra cosa: ¿qué quiere decir exactamente eso de «elimínalo»?

—Pues eliminarlo, en su más amplio y variado significado.

—¿Incluso matando?

—Ese es uno de los significados de la palabra «eliminar».

—¡No está hablando en serio!

—Eso debe ser porque tengo hambre, y al no estar alimentado

mi cuerpo, mi cerebro comienza a degenerar, y no sé lo que digo —sonrió Jerry Stack.

—Oh, sí... ¡La cena!

Stack puso cara de espanto.

—¡No me diga ahora que se ha quemado! —exclamó.

* * *

Por fortuna, la cena no se había quemado, y la señorita Barrow pudo demostrar que la profesión de policía no era incompatible con la habilidad culinaria.

—Riquísimo todo —aseguró Stack—. ¡Riquísimo! ¿De verdad todo esto lo ha hecho usted sola?

—Algunas cosas vienen parcialmente preparadas —admitió Sarah... ¿Realmente es de su agrado, señor Stack?

—Yo nunca miento.

—Lo que quiere decir que todo lo que me ha contado es la pura verdad.

—Sin duda alguna. ¿La he ayudado en algo?

—Pues no sé —vaciló Sarah—. Lo cierto es que no tenemos más pista que ese señor Nakajima. ¡Fue una lástima que estuviese oscureciendo y no pudiese ver la matrícula de aquel coche!

—Sí, fue una lástima —admitió Jerry—. Pero ustedes, la policía, deben tener algunos datos más, supongo. El caso del señor Maeda no ha sido el primero, antes ha habido otros casos de cabezas cortadas y desaparecidas. Fue una lástima que yo no pudiera llegar a tiempo de ayudar al señor Maeda: la carta me llegó cuando ya las noticias de su... decapitación habían aparecido en los periódicos. Me pregunto qué relación puede haber entre la muerte del señor Maeda y las de los otros científicos.

—Cualquiera sabe...

—Vamos, vamos, señorita Barrow. Ustedes tienen que haber encontrado algunos puntos de contacto entre todos esos asesinatos. En casos como este, siempre suele haber un... denominador común, que en muchas ocasiones significa una pista.

Sarah Barrow abrió la boca para contestar, pero se quedó así unos segundos, como petrificada. Por fin, sonrió.

—Señor Stack: ¿me ha invitado usted a cenar solo para

sonsacarme «a mí» los datos que la policía tiene sobre este asunto?

—Bueno... La idea inicial fue esa, en efecto.

—Asombroso —se pasmó Sarah—. ¡En verdad asombroso! ¡Un particular dedicado a sonsacar a un policía! ¡Es usted único, señor Stack!

—No crea. Hay otros hombres como yo.

—Lo dudo mucho —rio Sarah—. Oh, y otra cosa: ¿qué ha querido decir con eso de que la idea «inicial» fue esa?

—Pues cuando la conocí en mi hotel pensé que usted podía ser una chica relativamente fácil de tratar.

—De sonsacar, quiere decir —puntualizó Sarah.

—Me gusta utilizar palabras menos desagradables. ¿Existe ese dato común entre los asesinatos de esos hombres de inteligencia especial?

—¿Café? —propuso Sarah, sonriendo.

—Naturalmente, después de una cena como esta.

Poco después estaban tomando café. Sarah encendió un cigarrillo, sin ofrecer, esta vez, a Jerry Stack. Pero tampoco parecía que la sargento policial tuviese grandes deseos de fumar. Se quedó mirando a Stack a través del humo. Stack, sentado a su lado en el sofá, alzó las cejas con gesto interrogante.

—¿Ve algo raro en mi cara? —preguntó.

—Pues... la verdad es que sí. Estoy sorprendida. E intrigada. Cuando le vi esta tarde en el hotel me pareció usted un hombre... Vamos, no diré feo, pero sí demasiado adusto, anguloso...

—¿Digamos desagradable?

—¡Casi! —rio la muchacha—. Sin embargo, ahora... ¡Qué extraño es esto, señor Stack! ¿Quiere usted creer que me gusta... mucho?

—La creo perfectamente —asintió Jerry—, siempre he tenido éxito entre las mujeres. En Oriente, de modo especial, me puse las botas, como dicen algunos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que me llevé al baño a quién quise y como quise.

Sarah Barrow soltó una deliciosa carcajada.

—¡Pues yo ya me he bañado por hoy, señor Stack!

—La creo, porque se la ve limpita y huele maravillosamente. Pero la limpieza, aunque sea con exceso nunca ha hecho daño a

nadie.

—En resumen; qué pretende usted… llevarme al baño—. No tiene por qué ser esta noche: podría ser por la mañana.

Sarah Barrow no contestó. Dejó el cigarrillo en el cenicero, y se quedó mirando fijamente a Stack. Este se desplazó un poco más hacia ella, la abrazó por la cintura, y la atrajo hacia su pecho, suavemente. Sarah cerró los ojos y entreabrió los labios. Stack deslizó una mano hacia su espalda parcialmente desnuda, y hundió los dedos en la tibia carne, mientras su dura boca tomaba la de la policía. Ella metió sus bracitos desnudos entre los cuerpos de ambos, y se abrazó al cuello de Stack, que sintió en su cuello y en sus orejas el contacto de aquella seda dorada y cálida… y en su boca la tibia ternura de la de Sarah Barrow, que se amoldó a su contacto completamente, en total entrega. El beso se prolongó tanto, que Sarah comenzó a respirar con fuerza por la nariz, entrecortadamente.

Stack la apartó un instante.

—¿Algo va mal? —susurró.

Ella negó con un gesto, y tomó la iniciativa en el siguiente beso. Las manos de Jerry subieron hasta los hombros femeninos, tantearon delicadamente. Sarah se estremeció… y eso fue todo. El aliento que recibía ahora Jerry Stack era más cálido y agitado. La tendió en el sofá…

—No… —suplicó ella—. No, no, no…

Jerry Stack la volvió a besar en la boca. Luego, la aplastó con su peso. Sarah continuaba aferrada a su cuello fuertemente, pero de pronto se soltó, y separó su boca de la de Stack.

—No, no —suplicó—. Estoy… estoy en un trabajo muy importante, no quiero mezclar…

—En la vida hay tiempo para todo —susurró él.

—No… Además, no me has dicho toda la verdad… ¡Me estás mintiendo en algo, me estás… utilizando!

—Ciertamente —asintió él—; hay cosas que un hombre no puede hacer solo. Ni una mujer, tampoco.

—Stack, no… Estoy en un caso muy importante para mí… No puedo… pensar en esto ahora… Dime la verdad de lo que sabes, terminaremos todo, y entonces…

—Quizá si tú me dijeras qué tienen en común esos asesinatos, yo

podría obtener alguna conclusión, y entonces te lo diría. Si sumamos nuestros datos.

—Dime la verdad, y yo veré sí...

—Luego... Luego, mi amor. Ahora...

Volvió a apoderarse de la boca de Sarah, que se abrió como una flor a pleno sol. A través de la camisa, Stack notaba en su pecho el calor de la muchacha, y su agitación. La aplastó con más fuerza, y ella emitió un ahogado grito.

—¡No! ¡Ahora, no, por favor...!

Stack se apoderó una vez más de la tierna boca de Sarah Barrow, que se estremecía bajo su cuerpo ante el poderoso contacto final.

Y en aquel momento, justo entonces, sonó el teléfono.

Sarah Barrow se estremeció, lanzando un grito, y se deslizó por debajo del cuerpo de Stack, quedando arrodillada sobre la alfombra, junto al sofá, el hermoso cabello revuelto, la respiración agitada. Sus ojos, muy abiertos, contemplaban a Stack.

¡Trilíiinnnggg! sonó de nuevo el teléfono. ¡Trilíiinng, trilíiinnnggg, trilíiinnngg...!

Estaba soñando por sexta vez, cuando Sarah se puso en pie, y colocándose bien el vestido acudió al aparato.

—¿Sí? —casi gritó.

—¿...?

—Ah... No, no ocurre nada... No. Nada importante, señor.

—¿...?

—Bueno, sí... Está aquí.

—¿...?

—Pues... algo. Sí, algo.

—¿...?

—Exactamente, señor. Es mejor así: mañana hablaremos. Buenas noches.

Colgó, y se quedó mirando a Jerry Stack, que se había puesto en pie y la miraba a su vez fijamente, hosco el gesto, apretados los labios.

—Parece que ninguno de los dos hemos jugado limpio —dijo secamente.

—¿Qué quieres decir?

—Amor mío, tus métodos policiales para someter a interrogatorio a un sospechoso, son en verdad poco usuales. Me

imagino que ese era tu jefe, que ha querido saber si me habías… sonsacado algo. Espero que mañana le pases un buen informe. Pero aún querías más… y hace unos minutos estabas jugando conmigo, pensando que, en mi situación, cualquier hombre te diría todo lo que supiese. ¿Cierto?

—Stack, no seas tan áspero —sonrió Sarah—. A fin de cuentas, tú también querías que yo te dijese cosas.

—Está bien. El juego está empatado. ¿No quieres decirme qué pista tenéis que conecte unos asesinatos con otros?

—Lo siento: no puedo hacerlo, Stack, no puedo.

—De acuerdo. Adiós, sargento.

—¡Oh, no seas tonto! —se impacientó Sarah—. Ahora que las cosas están claras entre nosotros, puedo decirte que… que ya no tenemos que fingir nada.

—Yo no estaba fingiendo en eso.

—Yo tampoco —murmuró, dulcemente, Sarah.

—Pues lo siento por ti. Hasta la vista, sargento.

—¿Te vas? ¿Te vas y me dejas… así, en este estado… de… agitación?

—Otro día que tenga tiempo te enseñaré a controlar esa agitación.

—¡Stack, no me dejes ahora! ¡Tengo para ti…!

—¿Información?

—No… ¡Eso no, pero…!

—Adiós, sargento.

Jerry Stack acabó de ponerse bien la chaqueta, y salió del saloncito. Estaba ya abriendo la puerta del apartamento cuando tras él oyó la voz de la muchacha:

—¡Stack!

—Dime —se volvió, esperanzado.

—No salgas de la ciudad.

Jerry Stack ni siquiera contestó. Un minuto más tarde, estaba ante el volante de su coche alquilado, camino del hotel.

«A fin de cuentas —se dijo—, ella ha perdido más que yo. Es lo malo de jugar sucio».

Por el retrovisor vio el coche que le seguía. Poco después, ante un semáforo, el coche perseguidor se detenía tras el suyo. Ante el volante había un hombre. No había nadie más en aquel coche, así

que Stack se dijo que no podía ser un amigo de *Kami*; esos iban siempre en rebaño. Así que, sencillamente, se trataba de un agente de policía que tenía orden de vigilarle.

Muy bien.

Finalmente, llegó al hotel. No llevó el coche al estacionamiento, sino que lo detuvo delante mismo. Detrás de él, a distancia que debía considerarse discreta, el hombre detuvo su coche. Stack se apeó, y fue tranquilamente hacia el otro coche. Llegó junto a la portezuela izquierda, y dio con los nudillos en el cristal. El hombre se «sorprendió» y bajó el cristal.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿Querrá darle este recado, de mi parte, a la sargento Barrow, amigo?

El policía no tuvo tiempo ni siquiera de fingir nueva sorpresa: el puño derecho de Stack entró por la ventanilla, como un émbolo imparable, y golpeó secamente en su barbilla. Se oyó el chasquido del golpe, el bufido del hombre, que se decantó hacia su derecha, sin sentido. Stack metió un brazo, lo agarró por la ropa, y sentó bien al policía, que pareció que estuviese echando una cabezadita.

Sin prisa aparente, fue al hotel. Pidió su cuenta, subió en busca de su maleta y del estuche con el sable y bajó. Apenas tres minutos. Pagó la cuenta, dio una propina al botones pese a que prescindió de sus servicios con un gesto amable, y se despidió. Segundos después, estaba de nuevo al volante del «Dodge».

Y a las doce en punto de la noche, en uno de los vuelos especiales de la Tourist American Airlines, el señor Stack partía hacia la ciudad de Miami.

CAPÍTULO IV

Tan solo doce horas más tarde, el señor Jerry Stack estaba tumbado en la playa privada del Ocean Motel, en Miami Beach, tomando plácidamente el sol, naturalmente en *slip*. Con esto, conseguía dos cosas. Una, que favorecía su salud y el bronceado de su epidermis. Dos, que era ti centro de atención de las encantadoras muchachas que correteaban por allí en bikini.

A fin de cuentas, ninguna de las cosas era mala. La primera no necesita explicación. La segunda, quizá una muy breve: la musculatura de Jerry Stack, fina y plana, era tan armónica que parecía la de una estatua de bronce. No había en su cuerpo ni un gramo de grasa que estropeara el conjunto, y, al parecer, eso, y el viril rostro del señor Stack, gustaba a las chicas. A un hombre pueden sucederle cosas mucho peores en la vida.

Le habían tirado ya la pelota de colorines, tres o cuatro veces. Y cada vez, venía una chica diferente a buscarla. Diferente, pero idéntica en espléndida y juvenil exuberancia carnal, idéntica en la sonrisa deslumbrante, en el interés en sus maliciosos ojos.

—Perdone, señor... ¿Se ha lastimado?

—En absoluto, hijita, en absoluto.

—Menos mal... Estábamos jugando, y...

—Lo comprendo. Sigan, sigan jugando: son una alegría para mis ojos.

Las nenas seguían jugando, haciendo brincar sus senos casi tanto como la pelota. La más joven, calculó Stack, debía tener diecisiete años; la mayor no había pasado de los veinte... ¡Bom! pelotazo.

—¡Cuánto lo siento, señor! ¿Se ha...?

—En absoluto, pequeña, en absoluto.

—Ha sido culpa de Sally... ¡Es tan atolondrada!

—Cosas de juventud —sonrió Stack, amablemente—: traspase a Sally mi más indulgente perdón.

—Es... es usted muy amable, señor.

—En efecto.

¡Bom! pelotazo.

—¡Oh! ¡Espero que no le hayamos…!

—Nada, nada, nenita, nada. Aquí tiene su pelotita. Olvídelo y siga disfrutando de la vida. ¡Es tan corta!

—Pero muy agradable, ¿no le parece?

—Sin la menor duda.

¡Bom! pelotazo.

—¡Oh, qué torpeza la nuestra, señor! ¡Espero que…!

—Me encuentro perfectamente —aseguró Stack—, por ahora, claro. No sé cómo estaré a la hora del almuerzo, si continúo recibiendo pelotazos. A propósito: sigan jugando, pero no sean tan atolondradas. Y en efecto, la vida en muy agradable. Hace un tiempo espléndido, me llamo Stack, y me siento demasiado viejo para ofrecerme a jugar con ustedes a pelota.

—¡Con lo agradable que es jugar con las pelotas!

Detrás de la chica de turno, las otras rieron. Stack se quedó mirando como fascinado a la que tenía ante él, que sonreía maliciosamente.

—Sin duda —dijo, por fin—. Por eso, si la que tienen ustedes se estropea, no duden en acudir a mí; les prestaré las mías.

—¿Son de colores?

—Digamos que no son ni blancas ni negras. Oiga, nena: ¿sabe si hay algún fotógrafo por aquí?

—¿Un fotógrafo? Me parece que no.

—Lástima. Le pediría que me hiciese unas cuantas fotos al instante, se las firmaría a ustedes, y así podrían verme de cerca siempre que quisieran sin tirarme la dichosa pelotita.

—¡Puedo conseguir un fotógrafo! —rio la muchacha.

—Cítelo para mañana, ¿De acuerdo? Por hoy es suficiente.

Se tumbó de nuevo en la extensible, puso las manos bajo la nuca, y reanudó su apacible baño de sol.

—¿Señor Stack?

Jerry abrió un ojo, que pareció un relámpago negro capaz de atravesar cualquier cuerpo. Se quedó un instante atónito. Hombre, para variar no estaba mal: esta vez, la chica estaba vestida de calle. Además, era algo mayor que las otras… aunque igualmente hermosa, eso sí.

—¿Dónde está la pelota? —preguntó Jerry, abriendo el otro ojo.

—¿Qué pelota? —se sorprendió la muchacha.

—¿No es usted una de las chicas a las que les gusta jugar con las pelotas?

—¿Qué quiere decir? —enrojeció la desconocida.

Stack se quedó en la extensible.

—¿Quién es usted? —masculló.

—Me llamo Shelby Crosby, señor Stack.

—¿De Mitchell & Crosby? —exclamó Jerry.

—Así es. Usted nos contrató esta mañana por teléfono para que le encontrásemos al propietario de un coche, matrícula de Miami, dos-uno-ocho-seis-cinco-tres. ¿Es correcto?

—Señorita Crosby, perdóneme. Y siéntese, por favor.

La muchacha asintió, y se sentó junto a Stack, después de desplazarse este un poco en la extensible. Abrió su bolso, sacó un papel, y se lo entregó.

—Trabajo cumplido, señor Stack.

—Son ustedes muy rápidos... ¡Ni siquiera han pasado tres horas desde que les encargué el trabajo!

—Hay trabajos rápidos y trabajos que requieren mucho tiempo. Localizar un coche matriculado en Miami es un juego para Mitchell & Crosby, francamente.

—Así parece.

—Y es un servicio de los más baratos: solo cien dólares.

—Ya. Bueno, no tengo dinero aquí. Si es tan amable de esperar unos minutos...

—No se preocupe por eso. Mitchell me está esperando afuera para atender otro asunto... Ya le pasaremos la factura. ¿Estará en este motel?

—Salvo imprevistos, sí. Pero si tuviese que marcharme, les enviaría un cheque, naturalmente.

—Naturalmente. No me cabe la menor duda. Bien, señor Stack, encantada de haberle podido servir.

—Muy agradecido.

Shelby Crosby se alejó hacia tierra firme. Stack la estuvo mirando, complacido, hasta que se metió entre las palmeras. Tenía unas piernas preciosas... Bien: ¿a quién pertenecía el coche en el que *Kami* y sus secuaces habían escapado a la furia policial de la sargento Barrow? La información de Mitchell & Crosby era en

verdad escueta, pero suficiente:

Miss NANCY HOGAN
1.222, West 33rd Street - Hialeah - Miami

* * *

Era una casita encantadora, blanca, con las persianas pintadas de azul, rodeada de jardín, y sita junto a uno de los canales de Hialeah. Nada espectacular: solo encantadora. El número mil doscientos veintidós estaba colocado verticalmente en un poste pintado de blanco, en grandes números de color azul.

Jerry Stack, que había dejado cien metros más allá su coche alquilado, estuvo unos segundos contemplando la casita. No parecía que hubiese nadie en ella, a juzgar por la quietud... pero sí debía haber alguien, porque vio el coche dentro del pequeño garaje anexo a la casa, y cuya puerta abatible estaba arriba. Por el canal pasaba, de vez en cuando, alguna lancha, alzando una columna de blanca espuma.

No, señor. El coche no era el mismo. Estaba, también, matriculado en Miami, pero su número no era el 218653. Ni siquiera el modelo o el color se parecían. ¿Se habían equivocado Mitchell & Crosby? A Stack le pareció esto poco probable.

Se metió en el jardincito, caminando pulcramente sobre las losas de piedra ocre encajadas en el césped. Segundos más tarde, pulsaba el timbre de la puerta. Dentro oyó el sonido musical de un carillón. Encantador.

La puerta se abrió casi un minuto más tarde, cuando Stack había llamado dos veces más, y miraba ya a su alrededor, impaciente y decepcionado, pensando qué debía hacer: ¿entrar en la casa, esperar en el jardín, volver en otro momento...?

La muchacha que abrió la puerta dejó sin habla a Jerry Stack. Era una morena esbelta, de grandes ojos color café, boquita como una flor, facciones dulcísimas. Llevaba solamente una especie de batín de seda roja corto, muy corto. Iba descalza. Y el batín se abría por el pecho de modo alarmante.

Ella le contemplaba con expresión entre irónica y amable.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Qué desea?

Al oír aquella voz musical, Jerry Stack se estremeció. Pero no, no podía ser la voz de *Kami*… porque aquella muchacha, simplemente, no era *Kami*. Eran dos rostros tan diferentes…

—¿Señorita Hogan?

—Sí —alzó ella las cejas un instante—. Yo misma. ¿Vende usted algo?

—No.

—Pues lo parece… ¿Seguro que no es usted uno de esos vendedores pesados que solo hacen que molestar?

La mirada de la muchacha fue un instante al estuche que Jerry sostenía en la mano izquierda.

—No —sonrió el joven—. Mi nombre es Stack. Jerry Stack.

—Ah… ¿Y bien, señor Stack? Dígame qué desea, por favor. Estaba tomando el sol, adormilada.

—Lamento mucho haberla interrumpido. Perdone que insista, pero… ¿realmente es usted Nancy Hogan?

—Ah, no —el rostro de la muchacha se ensombreció—. Usted está buscando a mi hermana. Yo soy Deborah Hogan.

—Claro… ¿No está su hermana en casa?

—¿Para qué la busca usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Puedo explicárselo en pocas palabras: su hermana y yo tuvimos un desafortunado encuentro en Washington, y me gustaría hablar con ella para aclarar algunos puntos. No nos entendimos bien, debido a mutua desconfianza. Después de aquello, pienso que a ella le interesará verme de nuevo si usted le dice que mi intención en todo momento era buscar una especie de… pacto. Un pacto que sea satisfactorio para los dos.

—De pacto… ¿en qué?

—¿Su hermana no le habló de mí?

Señor Stack, hace tiempo que mi hermana no vive conmigo; se puede decir que hace meses que no nos vemos. Desde el accidente que sufrió, ella… cambió un poco.

—Lo comprendo bien —asintió Jerry—. ¿Puede usted, por algún medio, ponernos en contacto a su hermana y a mí?

Deborah Hogan vaciló. De pronto, se apartó de la puerta, y Stack interpretó el gesto. Entró, ella cerró, y señaló hacia el fondo. Fueron a una salita, cuyo ventanal estaba abierto, pero las persianas se hallaban entornadas, de modo que la pieza estaba sumida en una

agradable penumbra.

—Es un lugar muy agradable —murmuró Stack—. ¿Vive usted sola aquí, señorita Hogan?

—No, exactamente —sonrió la muchacha—: tengo cuatro machos conmigo.

Jerry alzó las cejas. La expresión de la muchacha le pareció de lo más vulgar, pero, sin inmutarse por ello, dijo, cortésmente:

—Entonces, no debe estar usted aburrida, precisamente.

—¡Claro que no! —rio ella—. Venga conmigo, por favor.

Salieron a un pequeño jardín que estaba detrás de la casa, y en el que había una pequeña piscina de aguas que parecían talmente de añil, y rodeada de césped. A un lado de la piscina, a pleno sol, había una gran toalla de bonitas flores estampadas extendida sobre el césped.

Pero había en el jardín otra cosa que atrajo más poderosamente la atención de Jerry Stack: una jaula con enrejado metálico, completamente pintada de blanco, y dentro de la cual había cuatro palomas no menos blancas. Stack se acercó, y se quedó mirando los bellos ejemplares, que, a su vez, lo contemplaron ladeando sus cabecitas.

—Hermosas palomas —comentó; y de pronto miró sonriente a Deborah Hogan—. Supongo que son los machos.

—Es usted un hombre de mente rápida, señor Stack —rio de nuevo la muchacha—; en efecto, estos son los cuatro machos con los que vivo. Para entendernos bien, le diré que son palomos mensajeros.

—Es un método como otro cualquiera de ahorrar en la cuenta del teléfono. ¿O los tiene por capricho?

—Desde luego que no. ¿Qué quiere que le diga, exactamente, a mi hermana?

—Preferiría hablar personalmente con ella.

—Eso tiene que decidirlo Nancy, lo siento. Espero que haya usted entendido que ni siquiera conmigo quiere demasiados tratos.

—Está bien. Si va usted a enviarle una nota por medio de uno de estos animalitos, yo mismo puedo escribirla.

—Me parece muy bien. ¿Quiere papel y…?

—No se moleste, gracias. Tengo lo necesario. De nuevo recurrió Jerry Stack a su pequeña libreta de notas. En una de las páginas,

escribió:

> «*Kami*: podemos entendernos si después de la tonta actitud de ambos en Washington hablamos seriamente. Mi organización, con sede central en Japón, está muy interesada en los trabajos de Teruhiko Maeda. Podemos aportar personal y dinero en abundancia. Saludos.
>
> «*Jerry Stack*».

Arrancó la hoja y la tendió a Deborah, que la leyó rápidamente, pareció sorprendida, y encogió los hombros.

—¿Está sorprendida, señorita Hogan?

—Supongo que mi hermana entenderá el mensaje —encogió ella de nuevo los hombros—: eso es suficiente.

Había una pequeña caja en un lado de la jaula, de la cual tomó Deborah una argolla, en la que introdujo el papel, muy doblado. Agarró uno de los palomos, le colocó la argolla en una pata, y lo tiró hacia el cielo intensamente azul. Stack estuvo mirando al palomo subir lentamente, describir un círculo, y alejarse, acto seguido, sin vacilaciones, hacia el Sur.

—¿Cuánto tardaremos en tener respuesta? —preguntó.

—No lo sé. Pero no la espere antes de tres horas, señor Stack.

—Tres horas… Es mucho tiempo, ¿verdad? Y no quisiera molestarla, de modo que si le parece bien, volveré dentro de tres horas.

—¿Le gusta el café?

—Lo tomo de vez en cuando. Digamos que solo cuando me invitan.

—¡Pues le invito! —rio ella.

Tenía una voz tan dulce como la de *Kami*, pero eso no podía sorprender a Stack; con frecuencia, el timbre de voz de los hermanos es parecido. Miró las uñas de la muchacha, que, ciertamente, estaban pintadas… pero no de aquel color rojo intenso, sino de un tono rosado muy suave, delicado.

Entraron de nuevo en la casa, y Deborah señaló un sillón.

—Tardaré solo unos minutos.

—Si le estoy ocasionando molestias…

—Señor Stack: yo sé distinguir muy pronto a un caballero de un patán. Y soy lo bastante inteligente para aceptar, con agrado, la compañía de un caballero.

—Es usted muy amable, señorita Hogan.

La muchacha desapareció hacia la cocina. Stack volvió a mirar alrededor, complacido. Aquel era el ambiente que le gustaba a él: sobrio, pero elegante y alegre al mismo tiempo. Silencioso, tranquilo.

Se sentó en el sillón señalado por Deborah, cerró los ojos, y quedó inmóvil. En cuestión de segundos quedó sumergido en el placer sedante del *mokuzo,* la relajación mental y física. El tiempo dejó de existir, y sus músculos, y su mente. No existía nada. Solo aquel profundo silencio dentro de él, aquella paz infinita...

Abrió los ojos de pronto, y vio a Deborah Hogan ante él, mirándole con curiosidad. La muchacha sonrió.

—¿Se había quedado dormido?

—Más o menos. Su café huele muy bien.

—Gracias. ¿Un chorrito de *whisky*?

—Si no le molesta, no. Café solamente.

Ella sirvió café en dos tacitas, y las depositó sobre una mesita que acercó. Sus descalzos pies se hundían en la piel de... ¿leopardo? que había en el suelo. Stack bebió un sorbo de café, con gesto amable, sin evidenciar en absoluto su desconfianza. Pero no, no parecía contener ningún sabor raro, como de narcótico, por ejemplo.

—¿A qué se dedica usted, señor Stack?

—Soy experto en arte oriental.

—¿De veras? ¡Qué interesante! Y ahora comprendo eso de su organización con sede central en Japón... ¿Trabaja para alguna empresa exportadora de allá, quizá?

—En cierto modo —asintió Stack—. ¿Se dedica su hermana a algo parecido?

—Vaya, señor Stack —protestó la muchacha, dejando también su taza sobre la mesita—. No es usted muy amable, me parece. Opino que ya que está conmigo ha debido interesarse por mis cosas, no por las de mi hermana.

—Tiene razón. ¿A qué se dedica usted?

—Digamos que me dedico a pensar en cómo invertir mi dinero

para poder seguir viviendo de él sin ocuparme de nada.

—Inteligente frase. Pero de ella deduzco que, en general, lo pasa usted un poco aburrido.

—Sé aprovechar las oportunidades para divertirme, cuando se presentan.

—Espero que sean muchas, esas oportunidades.

—De la categoría de hoy, poquísimas.

—¿A qué se refiere?

—Estaba pensando que tres horas tomando café… son muchas horas de café.

—Sí —susurró Stack—. Demasiado café. Y se me ocurre que nuestros pensamientos están convergiendo hacia otro pasatiempo menos perjudicial para la salud.

—¿Por ejemplo?

Jerry Stack se puso en pie, se acercó al sillón que había ocupado Deborah Hogan, y tomó a esta de las manos. La muchacha cedió dócilmente a su tracción para ponerla en pie. Stack desanudó el cordón del fino batín, luego lo tomó por los bordes, y los hizo deslizar hacia la espalda de Deborah. Ella movió apenas los hombros, y el batín cayó al suelo.

—¿Voy bien? —susurró Jerry Stack.

—Sí…

* * *

Ambos sobre la piel del leopardo, Deborah giró y se colocó de bruces sobre el pecho de Jerry Stack; le besó brevemente en la boca, y musitó, sonriendo:

—¿Café?

—Debe estar frío.

—Es cierto. ¿Cuánto tiempo calculas que ha pasado?

—Si contamos por viajes a la luna, no menos de tres horas.

—¿Qué viajes a la luna? —rio la muchacha.

—Los nuestros… De alguna manera hay que llamarlo.

—Es un modo muy poético de hablar. Viajes a la luna… ¡Me gusta!

—Lo celebro. Sin embargo, puesto que han pasado ya tres horas, o poco menos, creo que deberíamos prepararnos para… ¿Para qué?

¿Vendrá tu hermana?

—No tengo ni idea de lo que la... actual mente de Nancy, pueda decidir. ¡Ha cambiado tanto...! En realidad, me alegro de verla poco. Creo que a veces... hasta me da miedo.

—Te refieres a su rostro, claro.

Deborah se estremeció.

—No es solo eso... Es su mente, ya te digo. Ella no parece la misma. Quiero decir que estoy segura de que aunque tú cambiaras de cara, serías el mismo. No sé si me explico.

—Te entiendo: quieres decir por dentro.

—Sí. ¿Estás haciendo algo malo, Jerry?

—¿Conoces a un japonés llamado Nakajima?

—No. ¿Está relacionado con vosotros? Y a propósito: ¿qué clase de objetos de arte representas? ¿Llevas uno en ese estuche?

—Así es. El más bello que puedas pensar.

—¡Me gustaría verlo!

—De acuerdo. Pero antes, vistámonos... Me parece que no me gustaría que tu hermana nos encontrase así.

—No es cosa de ella, querido. Pero tienes razón: creo que yo también me sentiría un poco violenta.

Se dieron un último beso, y procedieron a vestirse. Deborah se llevó las ropas al cuarto de baño, y Stack se vistió allí mismo. Chocante. Chocante en verdad: una hermana quería cortarle la cabeza, y la otra. Bueno, realmente, la otra tenía deseos bien diferentes con respecto a él. Durante unos segundos, Jerry Stack se abstrajo, recordando aquellos... viajes a la luna que habían realizado juntos. Movió la cabeza, y fue adonde había dejado el estuche con el sable. Oía el rumor de la ducha...

Cuando Debbie apareció, él estaba sentado en un sillón, con una revista en las manos.

—Se está haciendo muy tarde... —dijo ella—. ¿Quieres que prepare algo para comer? Se me ocurre que quizá Nancy ni siquiera dé señales de vida hoy, así que...

—Esperaremos un poco más.

No tuvieron que esperar mucho más.

Primero oyeron la llegada de un coche, y acto seguido, el ruido de unas portezuelas al ser cerradas. Stack se puso en pie, y fue a mirar por una ventana. Su ceño se frunció, al ver a tres hombres

que caminaban ya hacia la casa, cruzando el pequeño jardín delantero. Tres tipos altos y fuertes, de rostro adusto.

—Evidentemente, no es tu hermana —susurró.

Debbie parpadeó, desconcertada. Sonó el carillón. La muchacha miró a Jerry.

—¿Qué hago? —murmuró.

Stack fue a donde estaba el estuche, lo abrió, y lo dejó al alcance de su mano.

—Ve a abrir.

Deborah caminó hacia la puerta, pero al pasar miró el contenido del estuche, y se detuvo en seco. De nuevo desconcertada, miró a Stack, que sonrió secamente.

—Abre, Debbie.

Ella salió de la salita. Stack oyó el pestillo de la puerta. Y la voz de Deborah Hogan:

—¿Qué desean?

—Su mensaje llegó a destino, señorita Hogan… —sonó una voz de hombre—. Y su hermana nos envía a recoger al señor Stack. ¿Está él todavía aquí?

—Sí. Pasen, por favor.

La primera en aparecer fue Deborah. Detrás de ella, los tres hombres, que miraron a Stack con curiosidad. Luego, uno de ellos vio el estuche abierto. Su ceño se frunció, y rápidamente sacó una pistola de la axila izquierda, apuntando a Jerry.

—Nosotros nos haremos cargo de eso, señor Stack. No sería correcto por su parte presentarse armado ante unas personas que han accedido a invitarlo amablemente.

Deborah había lanzado una exclamación, y miraba con expresión asustada la pistola. Jerry la miró un instante, cerró el estuche, y fue hacia el hombre.

—Tenga cuidado: tengo en gran estima este estuche.

—No se preocupe. ¿Listo para partir, señor Stack?

—Sí.

El hombre se apartó, señalando hacia la puerta. Stack se acercó a Deborah, la tomó por las mejillas, y la acercó, para besarla brevemente en los labios.

—Gracias por todo. ¿Puedo volver a tomar café?

—Siempre que quieras. Pero, Jerry…

—Tranquilízate. No pasa nada.

La soltó, y pasó junto al hombre que sostenía en la mano derecha la pistola, y en la izquierda el estuche. Lo rebasó, camino de la puerta. Por delante de él, los otros dos hombres parecían vigilarlo atentamente, sin darle la espalda. Stack comenzó a sonreír, pero, justo entonces, captó el destello en los ojos de uno de los hombres. Su reacción fue fulminante: adelantó rápidamente otro paso, volviéndose hacia el tipo de la pistola... Y el golpe que iba dirigido a su cabeza pasó rozando su nariz, mientras el hombre, llevado de su impulso se vencía hacia delante.

En el mismo momento en que Deborah Hogan lanzaba un grito, la rodilla derecha de Stack subía al encuentro del hombre de la pistola. El impacto le alcanzó de lleno entre las ingles, y el hombre lanzó un berrido tremendo, soltó la pistola y estuche, y, con las manos en el lugar golpeado, continuó cayendo hacia delante, encogido...

Jerry Stack no tuvo tiempo de volverse de nuevo hacia los otros dos. Recibió en un hombro el fortísimo impacto de una pistola, y se encogió fuertemente, sintiéndose traspasado de dolor. Pero aun así, giró por fin, y vio al otro lanzando también un golpe con su pistola.

Casi aturdido, Stack alzó sus manos, agarró las muñecas del sujeto, giró ante él tirando de ambas manos y bajándolas, y el hombre, lanzando un grito, dio una vuelta en el aire y cayó de espaldas, víctima del elegantísimo *tenbim-nage* de *Aikido, que* Stack terminó con un no menos elegantísimo *taisabaki,* movimiento de esquiva que le permitió eludir el ataque del otro. Girando de nuevo, Stack pasó a la derecha del hombre, junto a su brazo todavía tendido hacia delante. Le agarró por la muñeca con la mano derecha, pasó su mano izquierda por detrás del adversario, rozando la nuca, y llegó hasta el ojo izquierdo. Hundió allí sus dedos, tiró hacia atrás del hombre presionando el globo ocular, y apoyó la acción forzando el brazo que sujetaba.

Hachi Mawashi, simplemente. El hombre cayó hacia atrás, de espaldas, como un saco, haciendo retumbar los cristales de las ventanas con el golpetazo. El otro, que se había puesto penosamente en pie, se abalanzó hacia donde había quedado su pistola, lívido de ira.

—¡Aunque nos hayan ordenado...!

No llegó a tocar el arma, Stack saltó hacia él, le asió la mano tendida hacia el arma, efectuó una torsión tirando hacia delante, y el hombre cayó de bruces, con el brazo pegado al suelo y retorcido de modo que la palma de la mano miraba hacia el techo. En el codo, Stack apoyó la otra mano, y tiró hacia arriba de la del sujeto… Se oyó un crujido, el hombre lanzó un alarido, y quedó inmóvil, desvanecido de dolor, roto el codo…

—¡Ya basta! —oyó Stack la voz ronca y agria—. ¡Basta, o te vuelo la cabeza aunque nos hayan ordenado que te llevemos vivo! ¡Pero a nuestro modo!

Jerry vio al hombre al que había aplicado un rodillazo en los genitales, arrodillado, apuntándole de nuevo con su pistola… Lo que ya no pudo ver fue al hombre al que había derribado con *tenbimnage,* que, de nuevo en pie y empuñando su pistola, se le acercó por detrás y le lanzó un golpe fortísimo.

La cabeza de Stack pareció estallar en un millón de luces acompañadas de un tremendo trueno.

Luego, la oscuridad total.

CAPÍTULO V

La oscuridad total persistió cuando recuperó el conocimiento. Le habían vendado los ojos. Estaba viajando en coche. Tenía las manos atadas a la espalda. Y a cada lado llevaba un hombre.

—Ya ha despertado —oyó.

Luego, un gruñido. Y segundos después, otra voz:

—Ojalá me lo dejen a mí… Siento tal dolor en el codo que me parece que… que voy a desmayarme otra vez.

—Aguanta… —sonó otra voz, más adelante—. Pronto llegaremos. ¡Maldita sea, no veo qué objeto tiene llevar a este hombre vivo al laboratorio!

—Lo grave es que *Kami* nos ordenase que lo aturdiésemos, para que él no supiese adonde lo llevamos. Eso significa que *Kami* piensa que este hombre no va a morir.

—Pero que no interesa que sepa dónde está el laboratorio —dijo el otro.

—El mejor sistema para que no sepa nada es matarlo —dijo el del codo roto—. Y a poca oportunidad que me den…

No terminó la frase, ni hacía falta. Stack estaba probando suavemente la potencia de las cuerdas que sujetaban sus manos, y todo lo que conseguía era lastimarse profundamente las muñecas, así que desistió. De todos modos, aunque consiguiera soltarse las manos, ¿qué podría hacer? Seguramente, los dos hombres que llevaba al lado empuñaban sus pistolas. Y si volvía a irritarlos, sobre todo al del codo…

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al infierno —gruñó el del codo roto.

Stack se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuánto tiempo hace que perdí el conocimiento?

—Averígüelo. Pueden ser unos minutos, o unas horas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar, al infierno?

—Cállese o le parto todos los dientes… —farfulló el del codo roto—. ¡Y le advierto que sobre sus dientes no nos han prohibido

nada!

Stack decidió tener la boca cerrada. Y así estuvo durante más de una hora, según calculó. Una hora en coche, más el tiempo que había pasado sin conocimiento... ¿Otra hora, solo unos minutos, dos, tres horas...? Seguramente, habían sido solo unos minutos, pero no podía estar seguro de ello. De todos modos, calculando que en total hiciese hora y media que le habían golpeado, en ese tiempo podían haber cubierto mucho trayecto. ¿Setenta millas, por ejemplo? ¿Y hacia dónde; norte, sur, oeste...? Hacia el este, no, porque estaba el mar...

El coche se detuvo de pronto. Paró el motor.

—Venga, salga.

Al moverse, Stack notó de pronto el terrible dolor de cabeza, y no pudo contener un quejido. Recibió un rudo empujón en los riñones.

—¡Camine!

Le parecía que la cabeza le iba a estallar. Le hicieron detenerse. Cerca de él oyó susurros, pero no pudo identificar ninguna voz, ningún sonido especial. Es decir, sí...

Un sonido muy especial: el silencio. Un silencio increíble. No se oía ni un solo rumor de motores. Nada.

Subió unos escalones... Tres, nada más. Luego, sus pasos resonaron sobre madera, y luego de modo diferente. Estaba dentro de una casa.

—Parece que llega usted un poco maltrecho, señor Stack.

La voz femenina le desconcertó un instante. Solo un instante, porque enseguida comprendió que no podía ser la de Deborah Hogan.

—¿*Kami*? —musitó.

—Me satisface mucho volver a verle, sinceramente. ¿Qué clase de... pacto tiene usted que ofrecerme?

—Escuche... Me duele terriblemente la cabeza, creo que me va a estallar... Déjeme que me reponga, y hablaremos con tranquilidad. ¿No va a soltarme las manos?

—Sabíamos que no se dejaría vendar los ojos mansamente, señor Stack, así que di a mis hombres determinadas instrucciones. Si se hubiese dejado golpear adecuadamente, no le dolería tanto la cabeza... Pero está bien: le daremos un analgésico. Y cuando se

haya repuesto un poco, hablaremos. Tratadlo bien: quizá realmente nos interese lo que tiene que proponernos.

Le soltaron las manos, y le quitaron la venda. Estuvo unos segundos parpadeando, deslumbrado por una roja luz... La del sol poniente, que parecía estallar en una de las ventanas. Se frotó los ojos y las muñecas. Quizá eran las ocho... ¿Realmente habían pasado tres horas desde que le golpearon? Demasiado tiempo...

Con él, en aquella habitación, había tres hombres, pistola en mano. Dos de ellos eran ya conocidos suyos. El del codo roto había sido reemplazado por otro. Y apareció otro más, llevando un vaso de agua y un pequeño tubo de cristal, que depositó sobre la mesa... Era un comedor-salita. Por la ventana, ya normalizada su visión, Stack vio abundante vegetación. Y su conclusión fue rápida: estaba en Los Everglades, la zona pantanosa de Florida.

—Tómese eso —señaló la mesa el hombre.

Jerry se tomó dos comprimidos, que tragó con un poco de agua. Luego, se sentó en una silla, cerró los ojos, y quedó inmóvil, en busca del *mokuzo,* que ahora lo necesitaba realmente. El dolor fue cediendo rápidamente. En pocos minutos, dejó de dolerle la cabeza por dentro, quedó solo el dolor exterior, el del golpe. Abrió los ojos.

—Estoy bien —murmuró.

El hombre movió la pistola hacia la puerta. Jerry salió del comedor-salita, adentrándose en la casa, hacia el fondo. Era grande, destartalada, pero no sucia. Entró en otra habitación, más grande, y enseguida vio a *Kami*, con su máscara, sentada en un sillón. Junto a ella, en otro sillón, había un hombre blanco, sin máscara alguna. Y junto a este hombre, otro, de raza japonesa.

—¿Señor Nakajima? —preguntó Stack.

El japonés no movió un solo músculo del rostro. Parecía de piedra.

—Hablará usted conmigo, señor Stack —dijo el otro hombre—. El señor Nakajima es solo un empleado nuestro, y está aquí con el exclusivo objeto de decirnos si le conoce a usted de algo. ¿Nakajima?

El japonés movió negativamente la cabeza. El otro hizo un gesto, y Nakajima abandonó la habitación, sin haber pronunciado una sola palabra. Stack miraba a su interlocutor. Era un hombre de unos cincuenta años, de abundante cabellera gris, muy alborotada, como

la que suelen pintarles a los locos. Delgado, menudo, de mirada oscura y ardiente. A medida que le miraba con más atención, Stack comenzó a sentir un frío profundo... hasta que se estremeció.

—¿Le asusta algo, señor Stack? —sonrió el hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó Jerry a su vez.

—Bueno —sonrió de nuevo el hombre—, ya que conoce usted a *Kami*, a mí puede llamarme *Kami* San. ¿Le parece bien?

—En absoluto —negó Stack—. No me parece que el nombre de Señor Divinidad encaje con usted.

—Entonces, llámeme Smith —rio *Kami* San—. ¿De acuerdo?

—Smith sí le encaja.

—Muy bien. Y ahora que ya estamos presentados, díganos, señor Stack: ¿cuál es su organización, y qué clase de oferta puede usted hacernos en nombre de ella?

—Difícilmente puedo hacer una proposición concreta si no sé con exactitud a qué se dedican ustedes.

—En principio, como usted bien habrá comprendido, nos dedicamos a cortar cabezas. ¿Qué le parece?

—Puede interesarnos, si es rentable.

—¿De veras? A nosotros nos pareció que usted es... era amigo de Teruhiko Maeda. Y como tal amigo, era lógico que se sintiese molesto por su muerte. ¿Y ahora nos propone un convenio?

—Maeda era un miembro de mi organización. Está claro que, en principio, nosotros nos sentimos molestos por su asesinato. Así que como habíamos recibido una carta de Maeda en la que mencionaba a Nakajima, yo fui enviado para encontrar a Nakajima y aclarar el asunto.

—Entiendo. ¿Cómo usted, un hombre blanco, pertenece a una organización japonesa?

—No he dicho que mi organización sea japonesa. Solo que su sede central está en Tokio. En cuanto a mí, como ya le dije a *Kami*, resido en California. Mi organización tiene hombres en todo el mundo.

—Interesante. *Kami* nos habló de su habilidad con la espada, señor Stack. Y el señor Nakajima, que parece entender algo de esto, aseguró que usted tenía que ser un *kendoka*, o sea, un practicante de Kendo, un... arte marcial de origen japonés. ¿Es así?

—Sí. Aprendí el Kendo en Japón. Ahora, lo enseño en mi escuela

de Los Ángeles, en mi *dojo.* También sé algo de judo y karate, y soy Segundo Dan de Aikido.

—Fascinante. ¿Eso significa algo que nosotros debamos comprender?

—Significa que soy un *budoka*, señor Smith. Si usted ha visto alguna película de las del estilo de Bruce Lee seguramente se hará una idea bastante exacta.

—Señor Stack: ¿me está usted diciendo que es un hombre peligroso? Porque si se trata de eso, ya lo sabíamos. Pero parece que pretende decirnos algo más.

—Pregúntele a Nakajima lo que es un *budoka*, y él se lo dirá. Bien entendido que, en mi organización, buscamos básicamente dinero... Por eso, estábamos financiando los estudios de Teruhiko Maeda... y los de muchos otros en muchas partes del mundo. Podemos invertir mucho dinero, y personal altamente capacitado en muchas ciencias, si el caso nos interesa lo suficiente.

—¿Cuánto dinero podrían ustedes invertir, por ejemplo?

—Dos millones de dólares. Tres, cuatro...

—¿Cinco o seis, también?

—Si vale la pena, incluso más.

—¿Diez?

—¿Por qué no?

Smith se quedó mirando fijamente a Jerry Stack, que no parpadeó. De pronto, *Kami* se levantó, se colocó junto a Smith, y comenzó a susurrarle al oído. Smith sonreía, sin decir una sola palabra. Por fin, *Kami* se irguió, y se quedó mirando también a Stack a través de los pequeños orificios de la máscara.

—Señor Stack, hemos decidido tener en cuenta su oferta. Y por lo tanto, consideramos que tiene derecho a saber lo que estamos haciendo en este lugar. Sea tan amable de acompañarnos.

Se puso en pie. Su estatura era inferior a la de *Kami*, cuyo hermoso cuerpo veía perfectamente Jerry. Lástima que el rostro... Smith le estaba haciendo una seña, y Jerry reaccionó. Salieron los tres de aquel cuarto, y todo lo que tuvieron que hacer fue abrir la puerta que había enfrente, al otro lado del pasillo. Lo primero que notó Stack fue que las ventanas estaban cegadas; luego, vio a los hombres que estaban trabajando frente a complicados aparatos eléctricos.

Y de pronto, vio los cráneos mondos y lirondos que había en una estantería, bien alineados. Su ligero sobresalto cedió paso a la curiosidad cuando vio las letras que había impresas, con tinta negra, en cada cráneo.

Pero el sobresalto se disparó de nuevo cuando vio lo que había debajo de cada cráneo, en otro estante. Debajo de cada cráneo, había un recipiente de cristal, rectangular, como una pequeña pecera con termostato y enriquecimiento continuo del agua. Sin embargo, dentro de las peceras no había peces.

No.

No eran peces.

Y tampoco sabía lo que había... Es decir, se resistía a admitir que lo que estaba viendo era lo que su mente pensaba.

Smith lo tomó de un brazo, y lo llevó hacia allí, amablemente. Cuando estuvo delante de las peceras, Stack ya no tuvo la menor duda al respecto: estaba viendo cerebros. Cerebros humanos. ¿O no? Alzó la mirada, y la dirigió hacia el cráneo que estaba en el extremo derecho de la estantería. Las letras negras, decían: «Teruhiko Maeda». Debajo del cráneo, una pecera, con un cerebro.

—¿Impresionado, señor Stack? ¿O solamente sorprendido?

El *kendoka* se pasó la lengua por los labios, que le parecieron de madera. Aspiró hondo.

—¿Es el cerebro de Maeda? —señaló.

—Naturalmente. Y esos otros que ve usted pertenecieron a las demás personas que recluíamos para nuestro laboratorio.

—¿Reclutaron?

—Oh, nosotros lo decimos así. Necesitamos cerebros, así que los... reclutamos. Claro está, los cerebros que necesitamos no son ordinarios... Por ejemplo, el cerebro de usted, no nos serviría de nada. Pero no se lo tome a mal, señor Stack: tampoco mi cerebro serviría de nada a mis socios en la investigación, pues, aunque inteligente, no es especial en absoluto. Yo espero que usted ya haya comprendido que nuestros cerebros reclutados corresponden a hombres que fueron genios o estuvieron bordeando esa condición tan poco frecuente en el ser humano.

—Eso es fácil saberlo, recordando tan solo las personas que fueron decapitadas, señor Smith.

—Claro... ¡Es cierto! Bueno, nosotros tenemos a toda la policía

del país, al FBI, e incluso a la CIA, investigando este asunto. Están todos muy preocupados, no solo por los… asesinatos, como dicen los periódicos, sino por el correspondiente detalle de que a las personas asesinadas las encuentran sin cabeza. ¡A saber lo que estará pensando la CIA al respecto!

—No sabía que la CIA investigaba también —musitó Stack.

—Sí, sí… En todas estas cuestiones de científicos, técnicos nucleares, físicos, químicos, etcétera, la CIA siempre mete baza. Imagino que están buscando algo… colosal, algún enorme complot dirigido por alguna potencia extranjera… ¡Cualquiera sabe!

—Pero aquí no interviene ninguna potencia extranjera… ¿Verdad, señor Smith?

—Claro que no. Es todo obra mía. Y de estos compañeros de ciencia, con los que he formado un extraordinario equipo de investigación cerebral. La propuesta le fue hecha también a Teruhiko Maeda, con cierta cautela, por Nakajima. Enviamos a Nakajima a visitar a Maeda porque es japonés, como Maeda, y esperábamos que podrían entenderse sin dificultad. Y así fue, en cuanto al intercambio verbal, por supuesto. Sin embargo, Teruhiko Maeda se mostró… suspicaz, desconfiado, incluso un tanto… agresivo cuando comenzó a ver con cierta claridad lo que Nakajima le estaba proponiendo. Teruhiko Maeda le dijo a Nakajima que pensaría en su oferta, pero quedó demostrada mi previsión de enviar un japonés a visitar a otro japonés… A mí, por ejemplo, Maeda me habría engañado. Usted ya sabe, todos los japoneses parecen un poco iguales, y no hay modo de intuir siquiera qué pueden estar pensando. Pero Nakajima sí comprendió que Teruhiko Maeda había presentido algo en aquella oferta que no le gustaba, y en cuanto salió de su casa, se lo explicó a *Kami*, y esta comprendió que no tenían más remedio que matar a Maeda. Ya que él no quería formar parte de mi equipo, lo que nos habría sido de grandísima utilidad teniendo en cuenta la índole de sus estudios, *Kami* tuvo que decidir su muerte… y posterior aprovechamiento de su cerebro, claro está. Ya que no quería colaborar de un modo, ahora colaborará de otro. Lo que no pudo prever *Kami* fue que Maeda se diese tanta prisa en comunicarse con otras personas sobre el particular… ¿Cómo lo hizo?

—Escribió una carta, que supongo debió entregar al conserje del

edificio, o echarla en cualquier buzón.

—¿Y esa carta fue a Tokio?

—Así es. Inmediatamente, yo fui designado para entrevistarme con Maeda.

—Entiendo. Bueno, no se puede culpar demasiado a *Kami* por este pequeño fallo. Sobre todo, teniendo en cuenta que hasta ahora lo ha estado haciendo muy bien...

—¿Quiere decir que ella ha sido quien ha asesinado... a todas las personas cuyos cerebros tenemos ante nosotros?

—Digamos que ha dirigido las operaciones. *Kami* es muy inteligente. La verdad es que desde el primer momento pensé en ella como... auxiliar. Conoce el país, sabe moverse discretamente. Hacía tiempo que trabajaba conmigo en un laboratorio de... de cierta ciudad cuando le hice una insinuación. Enseguida, ella entendió que podía ganar mucho, muchísimo dinero. La sondeé un poco más, me convencí de que ella iba a aceptar, y entonces se lo propuse: necesitaba a alguien que se dedicase a traerme las cabezas que yo le fuese indicando. Y ella era la persona indicada: fría, metódica, doctora en Medicina... La puse al frente de un grupo de hombres que, bajo su dirección, cortaron la primera cabeza. Hay que hacerlo con cierto cuidado, ¿comprende?

—Me temo que no —se sorprendió Stack de su ronca voz.

—No hay que cortar la cabeza de cualquier modo, cuando se pretende aprovechar posteriormente el cerebro. Hay que cortarla por el sitio adecuado, colocar un... torniquete en el extremo del cuello, a fin de evitar que la cabeza se... vacíe, se seque durante el primer transporte, y luego, naturalmente, hay que traerla aquí en las mejores condiciones, con el debido cuidado, que solo ella sabe tener.

—Lo que usted está diciendo es... es espantoso y repugnante —jadeó Stack, pasándose una mano por la frente.

Smith le miró con ironía. Luego, encogió los hombros

—Está bien claro que usted no es un científico, señor Stack. Si lo fuese, en lugar de decir tonterías se habría apresurado a hacerme muchas preguntas, olvidando ese... espanto y esa repugnancia. Me hago cargo de su estado de ánimo. Previendo eso fue por lo que precisamente escogí a *Kami* para secundarme. Ella sabe lo que hace, y sabe cómo hay que hacerlo, eso es todo. ¿Por qué estar ocho horas

trabajando en un laboratorio o consultorio médico, tratando generalmente con imbéciles aprensivos que gimen por cada dólar que sueltan... si en lugar de eso podía llevar una vida mucho más amable, con todo el dinero que desea, y estudiar cosas que le interesan más que un... bacilo o una vulgar apendicitis, pongo por ejemplo?

Stack miró a *Kami*, que permanecía inmóvil. Veía el brillo de sus ojos fijos en él, pero la luz no llegaba hasta ellos, como sepultados en la máscara. ¿Eran negros, verdes, azules, castaños...? Eran, solamente, un brillo... perverso.

Jerry desvió la mirada de nuevo hacia Smith.

—¿Y qué hacen con los cerebros, en definitiva? —preguntó.

—Tomamos datos.

—¿Qué?

—Tomamos datos, señor Stack. Los cerebros que usted está viendo son estudiados minuciosamente, para obtener conclusiones del por qué son especiales, geniales, fuera de serie absolutamente...

—Pero... en su aspecto físico todos los cerebros son...

—¿Iguales? —atajó Smith—. Aparentemente, sí. Para mí y mis colegas, no. Cada cerebro tiene unas características especiales. Pero a nosotros nos interesan las características de los cerebros geniales, no de un cerebro como el de usted, o el mío. Por eso, seleccionamos a nuestros... donantes. Les cortamos la cabeza, nos traemos aquí su cerebro, y lo estudiamos, en busca de datos, de conclusiones, de información.

—Pero... ¿de qué les servirá esa información? No comprendo.

—Nos servirá para saber cómo tenemos que manipular cualquier cerebro para convertirlo en genial.

Stack quedó como petrificado. Seguramente, no había oído bien.

—¿Puede usted repetir eso que ha dicho? —musitó.

—Digamos que estudiando esos cerebros geniales podemos encontrar el modo de operar en los cerebros de seres vivientes para... alterar sus circuitos normales de inteligencia, elevándolos a la genialidad. En otras palabras: conociendo bien los cerebros geniales, a mí podrían intervenirme quirúrgicamente, y convertirme en genio. A mí, y a otros hombres que, aliados conmigo, alcanzaríamos tal nivel de inteligencia que en poco tiempo nos haríamos los... amos del mundo.

—¿Está hablando en serio?

—Por supuesto, señor Stack.

—Pero... ¡eso es imposible! ¿Cómo va usted a realizar semejantes intervenciones? ¡Intervenir quirúrgicamente un cerebro...! Y en este lugar, sin condiciones...

—Vamos, vamos, señor Stack... Tenemos en Washington una clínica con personal especializado que solamente está esperando el resultado de nuestras investigaciones. En cuanto consigamos algo positivo, ellos comenzarán a trabajar. En primer lugar, con otras personas, no conmigo, claro está: habrá que asegurarse bien de que los resultados son los apetecidos.

—Lo que significa que... reclutarán más personas para experimentar con ellas.

Kami San sonrió siniestramente.

—Les haremos el favor de aumentar su nivel mental, así que es de suponer que sabrán agradecerlo.

—Me parece —intervino *Kami*— que el señor Stack está un poco asustado, *Kami* San.

—¿Asustado? —exclamó Jerry—. ¡Estoy aterrado! ¿Realmente creen que eso puede conseguirse?

—En eso estamos —dijo apaciblemente Smith—. Bien, señor Stack: ¿cree que este asunto de poder ilimitado mundial puede interesarle a su organización?

En un instante, Jerry Stack se imaginó a la Kuro Arashi participando en semejantes proyectos. Se imaginó a *Sensei*, su viejo Maestro de Artes Marciales y creador y director de la Kuro Arashi involucrado en aquel asunto. ¿Cómo podría aceptar *Sensei*, el hombre que le había pedido que se pusiera en contacto con Maeda, una operación semejante? ¡Precisamente él, que había creado la Kuro Arashi para que sus miembros, todos discípulos suyos, luchasen contra todos aquellos que atentasen contra los derechos humanos...!

Pero Jerry Stack se había lanzado inicialmente a una mentira, y en sus circunstancias actuales, solo pudo asentir:

—Tengo la certeza de que sí, señor Smith. Pero, claro, no soy yo quien puede decidirlo definitivamente.

—¿Quién puede hacerlo?

—La dirección, en Japón. Pasaré informe a mi inmediato

superior, para que este viaje a Tokio y exponga el asunto. Naturalmente, para eso tengo que regresar a Los Ángeles.

—Naturalmente. ¿Cuándo piensa regresar?

—En el acto, si es posible. En cuanto sepa algo concreto, me pondré en contacto con Deborah Hogan... ¿Está bien así?

—Me parece perfecto. Y, a fin de que todos aprovechemos el tiempo, que es el gran factor en estas investigaciones, mis hombres le llevarán ahora mismo a Miami. Si tiene usted alguna duda, o se le ocurre alguna pregunta complementaria...

—Creo que lo he entendido todo lo bastante bien para presentar mi informe. En todo caso, las dudas que pudieran tener en Tokio las resolverían a su modo. Supongo que enviarían a alguien adecuado para conversar con usted y sus colegas.

—Perfecto. Le deseo un buen viaje, señor Stack.

Kami San tendió la mano a Stack, que la aceptó. Una mano fría y seca. No salía de su asombro. ¿Realmente lo dejaban marchar con todo lo que sabía? ¿En verdad habían creído que la Kuro Arashi iba a interesarse por aquello? Muy bien: todo lo que pensaba hacer Jerry Stack era ponerse en contacto con algunos *budokas*, regresar a Los Everglades, y convertir en cenizas aquel laboratorio siniestro...

—Me alegro de que finalmente seamos amigos... —le sorprendió la voz de *Kami*, que le tendía la mano—. Hasta pronto, Stack.

—Hasta pronto...

—Perdone que no le acompañemos a la puerta —dijo Smith—. Hay mucho trabajo aquí.

—Lo comprendo.

Stack salió del laboratorio, acompañado por los hombres de *Kami* San-Smith. Salieron de la casa él y tres hombres más, se metieron en el coche, y partieron...

—¡Mi *katana...!* —exclamó Jerry.

—Ya la recuperará... —dijo uno de los hombres, mostrando un pañuelo negro—. Espero que esta vez no compliquemos las cosas, Stack. Simple precaución por si ustedes no se interesan por colaborar con nosotros.

—Lo comprendo —asintió Jerry.

Le vendaron los ojos, pero no le ataron las manos. Ya era casi de noche, quedaban las últimas luces, de un tono violáceo, casi negro. Stack llevaba un hombre al lado. Los otros dos iban en el asiento

delantero.

Y de pronto, lo comprendió: lo iban a matar.

CAPÍTULO VI

En realidad, *Kami* San lo tenía decidido desde el primer momento, pero habían preferido escucharlo antes, por si existía la más pequeña posibilidad de que lo que él dijese fuera cierto. Pero no le habían creído; se habían divertido un rato con él, se habían convencido de que de ninguna manera la Kuro Arashi aceptaría... Poco a poco, la verdad fue penetrando en su cerebro: Nakajima ya debía haberles dicho con anterioridad que no podían fiarse para empresas como aquella, de un *budoka*.

Se habían divertido un poco con él, y ahora lo iban a matar, tirarían su cadáver a cualquier pantano, y asunto concluido. Por eso habían llegado mucho antes, habían estado vigilando, se habían convencido de que él trabajaba solo...

Y ahora, ¡al pantano!

La imagen de la sargento Sarah Barrow pareció explotar en la mente de Jerry Stack. Se había enfadado con ella, y por tanto, no le había dicho que él había visto la matrícula del coche de *Kami* cuando pasó frente al vehículo, acompañado de aquel sujeto, caminando hacia donde esperaba *Kami*, en la orilla del río. Se había quedado para él solo aquel dato... y ahora, lo iba a pagar.

El silencio dentro del coche le pareció siniestro. ¿Cuándo y dónde detendrían el coche, para hacerlo salir de él y meterle unas cuantas balas en el cuerpo? Seguramente, estaban buscando un lugar conveniente, un pantano lo bastante profundo para que su cuerpo, lastrado, jamás fuese encontrado...

Estaba rodeado de tres pistolas. ¿Y qué tenía él? ¡Nada! ya que se habían asegurado de que no iba a disponer de su *katana* Es decir, tenía sus manos... Sus manos, y su mente de *budoka*, de *kendoka*. Y las enseñanzas recibidas años atrás por *Sensei* Inomura, su amado Maestro de Artes Marciales, el hombre que le había enseñado a comprender muchas cosas, que le había enseñado el camino, el Do. Y le había enseñado a manejar la *katana,* y a sí mismo, de acuerdo a las cuatro reglas fundamentales del Kendo.

Las reglas fundamentales del Kendo… Habían sido definidas tomando como base las cuatro estaciones del año. Primera regla: la acción del *kendoka* será libre y ligera como un día de primavera, no hará nada, se dejará llevar por la acción del contrario, amoldándose a ella. Segunda regla: igual que el ardiente sol del verano, la acción del *kendoka* lo abrasará todo en su furia contra el adversario, al que se anticipará en todas las acciones. Tercera regla: el ataque se realizará en todas las direcciones, sin titubeos, con la sutileza incontrolable de los cambios infinitos del otoño. Cuarta regla: igual que la planta que en invierno se ha quedado sin hojas, y espera la llegada de la primavera para revivir, así realizará su acción el *kendoka,* tranquila y silenciosamente…

La elección de Stack *Kendo Yodan*[1] solamente podía ser una: la Segunda regla. Con el codo izquierdo tocó el cuerpo del hombre que iba a su lado. El costado… Calculó la posición de la cabeza, a su izquierda y arriba, a la altura de la suya. Si fallaba…

El codo izquierdo de Stack salió disparado fortísimamente en implacable *empi ate,* hacia arriba, lateralmente. Notó el impacto, que hizo estremecer todo su cuerpo, y oyó el ronquido del hombre que iba a su lado. Al mismo tiempo, con la mano derecha se arrancaba la venda, de modo que pudo ver al que tenía delante, sentado junto al conductor, volviéndose con gran sobresalto… Dejando caer la venda, Stack lanzó su mano derecha en trayectoria horizontal, crispada, los dedos encogidos. El canto de la mano golpeó al hombre con demoledor *shuto,* justo bajo la nariz y un poco a la izquierda, en el maxilar. El crujido fue terrible, y Stack, no demasiado habituado a utilizar el karate, creyó que la mano se le había roto, tal fue el dolor que sintió.

Pero sus dos golpes habían sido terribles. El primer hombre, tras rebotar en la portezuela, había caído de lado, y tenía los ojos abiertos, el rostro desencajado. El segundo salió disparado contra el parabrisas, muerto en el acto por rotura de la base del cráneo… y el tercero estaba frenando, gritando, mientras su mano derecha se introducía en la axila izquierda…

Jerry Stack abrió la portezuela, y se lanzó fuera del coche sin vacilar, protegiéndose la cabeza con los brazos. Rodó, se puso en pie… y oyó el chapoteo. Diez o doce metros más allá, el coche había frenado, y el conductor salió como disparado, ya pistola en mano,

volviéndose…

Stack se dejó caer en el mismo momento en que sonaba el disparo. La bala crujió por encima de su cabeza, muy alta, mientras él caía de manos y pecho en el agua. Volvió la cabeza, y vio el gran charco, el pantano, salpicado de vegetación. Se incorporó y echó a correr hacia esta. Tras él, oyó los rugidos del hombre, y otra bala pasó muy cerca de él en el momento en que se zambullía entre los arbustos acuáticos.

Quedó mojado completamente, como sumergido, de pronto, en un negro pozo. La noche había llegado, y solo un resplandor de luna permitía una aceptable visión. A su izquierda, por entre los arbustos, vio el rojo resplandor de las luces de posición del coche.

Los arbustos se agitaron bajo los impactos de tres balas más, que pasaron peligrosamente cerca. Lo iba a acribillar si continuaba allí.

Se movió hacia atrás, se hundió hasta el cuello en el agua, se volvió, y comenzó a nadar. En el borde del pantano, el hombre estaba lanzando maldiciones horribles… pero no parecía dispuesto a meterse en el agua. De pronto, los pies de Stack tocaron fondo. Un fondo blando, repugnante. Nadó un poco más, y puso los pies en el lodo, hundiéndose. Respingando, volvió a nadar, hasta que su pecho tocó fondo. De nuevo hundiéndose en el lodo casi hasta las rodillas, salió del agua, y echó a correr. Casi cayó cuando, de pronto, sus pies tocaron suelo duro. ¡La carretera!

Por detrás de él oyó el rugir del motor del coche. Volvió la cabeza, y en ese mismo instante del vehículo brotaron las luces largas, cegando a Stack. Completamente ciego de pronto, tropezó, rodó por el suelo golpeándose dolorosamente, y se puso de nuevo en pie. Las luces se acercaban, y detrás de ellas, una tonelada de chapa de hierro lanzada a más de cincuenta millas por hora. Lo iban a triturar, a machacar… Solamente veía las luces, que estaban ya prácticamente sobre él.

Y entonces, lo insólito, el destello salvador: Jerry Stack echó a correr hacia el coche que tenía prácticamente encima, y sus piernas se distendieron en el más desesperado salto de su vida, empujándose con toda su fuerza, con toda su energía, con todo el aliento del *Kiai* que atronó la noche:

—*¡DOOOYOOOOOooooOOooOOOO…!*

El coche pasó por debajo de Jerry Stack, zumbando, rugiendo

furiosamente. Todavía en el aire, el *budoka* volvió la cabeza, viendo cómo el coche que acababa de rebasar por encima con su salto, seguía hacia adelante, lanzando sus chorros de luz, que iluminaron la suave curva a la derecha, y el agua en línea recta. Los frenos chirriaron, las ruedas crujieron en la carretera, las luces se aproximaron al agua inesperada, se desviaron; el coche tomó la curva a toda velocidad... y saltó en el aire, girando, crujiendo. Rebotó en la carretera, incendiado, volvió a rebotar lanzando fuego a todas partes, y, de pronto, cayó al agua, con fuerte chapoteo. Luego, se oyó un siseo, apareció un humo negrísimo...

Como clavado al suelo tras su prodigioso salto, Jerry Stack estuvo oyendo el *glop-glop-glop-glop* del agua, al ir engullendo el coche.

Luego, todo quedó en calma y en silencio.

Jerry quedó inmóvil unos segundos, como formando parte de la oscuridad, del silencio. No tenía ni idea de dónde estaba, ni a qué distancia de la casa donde había sido llevado, ni en qué dirección se hallaba esta. Comenzó a caminar, alejándose del lugar donde el coche con tres hombres dentro había sido absorbido por el agua y el finísimo lodo. Muy pronto comenzó a sentir frío, y entonces comenzó a correr a marcha moderada, para entrar en calor... y para ganar tiempo. Adonde quiera que fuese aquella carretera, antes llegaría si iba corriendo. Unos minutos más tarde, la carretera empalmó con otra, más ancha, y Stack continuó corriendo por esta última.

No tardó mucho en notar la luz que llegaba por detrás de él.

Se detuvo en el centro de la carretera, alzando los brazos, moviéndolos.

Segundos más tarde, un estupefacto conductor contemplaba, asomando la cabeza por la ventanilla, aquella aparición llena de barro... empapada.

—He tenido un accidente... —oyó—. ¿Sería tan amable de llevarme a Miami? Aunque solo sea hasta que encontremos un taxi...

* * *

El conserje del Ocean Motel respingó al ver a Jerry Stack

aparecer de aquella guisa.

—He tenido un accidente... —se adelantó Jerry a cualquier pregunta—. Incluso mi dinero está mojado. ¿Quiere pagar el taxi que hay esperando ahí fuera? Con cincuenta dólares de propina, para limpiar el tapizado.

—Sí... Sí, señor... ¿Se encuentra bien? Quizá deberíamos...

—Estoy bien, de veras. Es todo muy aparatoso, pero estoy perfectamente. Por la mañana me indicará usted a alguien para que lo enviemos a buscar mi coche.

—Sí, como usted diga... Muy bien.

El conserje tendió la llave a Stack, que salió rápidamente de la cabaña-conserjería. Le hizo una seña con el pulgar al taxista, que asintió con un gesto, y se fue directo a su cabaña. Poco después, entraba en esta, cerraba con llave tras él, y encendía la luz, lanzando un fuerte suspiro... que se confundió con la exclamación de sobresalto que sonó a sus espaldas:

—¡Stack! ¿Qué te ha pasado? ¡Santo cielo...!

El *kendoka*, que se había vuelto velozmente, parpadeó, atónito, pero enseguida, su ceño se frunció, con gesto hosco.

—¿Qué demonios haces aquí? —gruñó.

La sargento Sarah Barrow, que había estado esperando sentada en un sillón, se puso en pie y se acercó a él, todavía sobresaltada.

—¿Qué te ha pasado? —insistió.

—Alguien tiene que contestar las preguntas, ¿no? Si los dos hacemos preguntas nunca habrá respuestas. ¿Qué haces aquí?

—Tienes que cambiarte enseguida... ¡Estás empapado! Y lleno de barro... ¿Qué te ha pasado?

Stack masculló algo sobre la insistencia femenina, pasó junto a la muchacha, y entró en el único dormitorio, donde procedió a desnudarse rápidamente. Desde la puerta, Sarah Barrow le contemplaba ya más tranquila, casi sonriente.

—Por lo menos, estás vivo —dijo.

—Me estoy desnudando —masculló Stack.

—¿Y qué?

—Por mí, nada. No tengo nada de qué avergonzarme.

Dicho esto, Stack se quitó la última prenda. Completamente desnudo, se metió en el cuarto de baño. Segundos después, recibía sobre su aterido cuerpo el chorro del agua caliente de la ducha.

Desde la puerta del cuarto de baño, Sarah Barrow le contemplaba sonriente. Cuando Stack, por fin, cerró el grifo del agua fría, con la que terminó la ducha, Sarah se acercó a él, tendiéndole la toalla.

—Tienes un cuerpo muy bien musculado —comentó.

—¿Cómo me has encontrado? —mascullό Stack, comenzando a secarse vigorosamente.

—Cuando mi compañero encargado de vigilarte me llamó, y me dijo lo que habías hecho con él, comprendí que habías decidido largarte, a pesar de mi prohibición. ¡Y además, has golpeado a un policía, Stack! ¡Se te va a caer el pelo!

—¿De qué parte? ¿De arriba o de abajo?

—Intentaré convencer a Steve para que no presente la denuncia contra ti en ese sentido... —rio Sarah—. ¿Qué cómo te he encontrado? Pues ya te digo: nos pusimos a buscar listas de pasajeros en el aeropuerto, te localizamos en dirección a Miami, y aquí hemos movilizado a nuestros colegas para que preguntasen por ti en los hoteles, moteles, etcétera. No ha sido fácil... pero aquí estoy. Y me parece que ha valido la pena. ¿Has vuelto a tropezar con *Kami*?

—Sí. ¿Tienes permiso judicial para entrar en mi domicilio?

—No. He usado ciertos procedimientos que, naturalmente, los policías conocemos...

—Puedo denunciarte por allanamiento de morada.

—¡Vamos, Stack, hablemos en serio! Steve no te denunciará por golpearle, tú olvidas que yo he entrado aquí como una ladrona... y hablemos de *Kami*. ¿Dónde está?

—No lo sé. Ni idea.

—Stack: estoy sola en Miami, pero puedo conseguir la ayuda de toda la policía del estado, y...

—¿Cómo que estás sola? —exclamó Jerry.

—El caso de las cabezas cortadas, es mío —refunfuñó Sarah Barrow—. Y, de momento, lo sigo lo más cerca que puedo. Cuando necesite ayuda, la pediré. Pero si lo resuelvo sin movilizar a demasiado personal, mi camino hacia el grado de teniente será muy firme. ¿Lo entiendes?

—Desde luego. Y me estás utilizando a mí para andar ese camino. ¿No es así?

—Pues... sí. ¿Te parece mal?

Jerry reflexionó unos segundos, antes de mover la cabeza negativamente.

—No. Siempre y cuando te comportes de modo razonable en los momentos adecuados.

—Soy una chica razonable.

—¡Ah! ¿Eres una chica…? ¡Creí que eras un sargento!

—Me parece —sonrió Sarah—, que todavía estás enfadado conmigo. Y soy yo quien debería estarlo contigo. ¡Me dejaste de un modo la otra noche, cuando yo estaba tan…!

—Me parece que los dos estábamos igual. Solo es cuestión de saber controlarse, ya te lo dije. Y de tomar una ducha fría.

—¿La tomaste tú?

—No.

—¡Pues debiste pasarlo muy mal! —rio de nuevo Sarah.

Stack le dirigió una hosca mirada de reojo. Estaba bellísima, desde luego… pero no era el momento de Ajarse en ello. Y la propia Sarah lo comprendió así.

—No me mires de ese modo… Y hablemos en serio. ¿Quieres?

—Hablar, quiere decir que yo te diga todo lo que sé, a fin de que tu camino hacia el ascenso sea fructífero. ¿No es eso?

—Ya sé quién eres, Stack —musitó ella.

—¿Sí? —Stack se puso la toalla en la cintura, y salió del cuarto de baño, seguido por Sarah—. ¿Y quién soy?

—Pues Jerry Stack… pero no eres solamente un tendero experto en arte oriental, sino un maestro de Kendo, allá en Los Ángeles…

—¡Maestro! —bufó Jerry—. ¡Profesorcillo y gracias…! ¡Qué sabrás tú lo que es un maestro!

—Bueno, el caso es que enseñas el Kendo, ¿no? Y además, sabes Aikido, karate; técnicas con armas orientales… Según me informaron mis colegas de Los Ángeles, eres persona muy apreciada y querida allá.

—¿De veras? ¡No lo sabía!

—Stack, sé que eres una persona honrada y respetada. Está bien, a mí no me molesta eso… Al contrario, me alegra. Pero seamos razonables: tú solo no puedes afrontar este asunto. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no?

—Porque por muy *budoka* que seas, acabarán matándote. ¿O es que los *budokas* sois invulnerables, inmortales, o algo así?

—Desde luego que no —musitó Jerry.

—Menos mal que lo reconoces. Entonces... ¿vas a explicarme lo que ha pasado?

—¿Puedo vestirme primero, sargento?

Sarah Barrow se acercó al *kendoka*, se colgó de su cuello, y lo besó largamente en los labios. Luego, se abrazó a su cintura, y lo miró a los ojos.

—Puedes vestirte —autorizó.

—Ahora, lo has complicado: no me va a ser fácil ponerme los pantalones... ¡Y no me digas que no lo estás notando!

Sarah Barrow enrojeció, pero sonrió.

—Claro que lo estoy notando... pero me gusta.

—¡Ah no! —gruñó Stack—. ¡Ni hablar de volver a empezar con el cuento de la otra noche! De modo que sepárate de mí, y nada de juegos de esta clase conmigo... ¡Con una vez ya tuve suficiente!

Sarah Barrow lo volvió a besar en los labios, se apartó por fin, y fue a sentarse en la butaquita, mirando sonriente a Stack, que finalmente pudo resolver el problema y ponerse los pantalones. Poco después, ya vestido, impecable, se sentó en el borde de la cama, y miró a la muchacha, que permanecía extrañamente silenciosa.

—¿Qué te pasa?

—Si no fuese por mi sentido del deber —susurró Sarah—, esto no habría terminado así, Stack. Está bien, está bien, hablemos de otra cosa... Mejor dicho, habla tú.

Jerry Stack asintió, y procedió a explicarle a la sargento Barrow todo lo que había sucedido y lo que había averiguado. Es decir, casi todo: omitió en qué había invertido tres horas en la casa de Deborah Hogan, y dónde estaba la casa de esta. Cuando terminó el relato, Sarah todavía no creía lo que había oído.

—Naturalmente, no me estás tomando el pelo, Stack.

—No.

—Santo cielo... ¡Pero esa gente está loca!

—Quizá. Lo seguro es que son unos asesinos.

—Sí... Por supuesto. Stack: ¿me has contado la verdad?

—Sí.

—Bien... Nosotros dos solos no vamos a intentar solucionarlo, ¿verdad? De modo que llamaré al Departamento de Policía de

Miami, organizaremos una expedición adecuada, e iremos a esa casa de Los Everglades...

—Me parece que no me has entendido bien, sargento: no tengo ni la menor idea de dónde está esa casa.

—Pero sí sabes dónde está la hermana de *Kami*, la señorita Deborah Hogan, ¿no es así? Iremos a verla a ella, en primer lugar, y nos dirá dónde está su hermana. ¡Y no seas ingenuo, Stack! Ella tiene que saber perfectamente dónde está su hermana.

—Supongo que tienes razón —tuvo que admitir Jerry—. Por muy inocente que haya querido parecer, ella debe saberlo.

—Sin la menor duda... ¿Dónde vive Deborah Hogan?

—En el 88 de Franklin Avenue, en Coconut Grove.

—Muy bien, pues vamos allá... ¿Qué te pasa?

—No me gustan los grupos —masculló Stack.

—¿Los grupos? No te comprendo.

—Yo no soy un policía. No me gusta esto. O resuelvo las cosas a mi manera, o no intervengo... Eso de andar por ahí con tipos armados, soltando tiros, no es precisamente mi estilo.

—No pretenderás que vayamos allí desarmados —exclamó Sarah.

—Supongo que no es razonable. Pero no cuentes conmigo para eso, sargento. Maldita sea, ¿qué más da, ya? Tengo todos los datos, sé lo que quería saber, Maeda ya está muerto... ¿Qué me importa a mí toda esa gente, si vosotros os vais a encargar de ellos?

—Entiendo. Además, estás cansado —Sarah se acercó a él, se sentó en sus rodillas, y lo besó en los labios, dulcemente—. Está bien, Stack, quédate. Yo... volveré aquí en cuanto me sea posible. ¿Cuento con que me estarás esperando?

—¿Para qué? —gruñó el *budoka*.

La sargento Barrow volvió a besarlo. Luego, se puso en pie, y musitó:

—Tú espérame: ya decidiremos luego para qué.

Jerry Stack quedó solo. Oyó el ruido de la puerta de la cabaña al cerrarse. Se tumbó en la cama, cerró los ojos, y se relajó... Media hora más tarde, abrió los ojos, saltó de la cama, apagó la luz del dormitorio, luego la de la salita... Por una ventana atisbo hacia la oscuridad del exterior, salpicada de las luces del motel. Silencio y soledad, eso era todo.

Tres minutos más tarde, Jerry Stack tomaba un taxi en Collins Avenue, y dio al conductor esta dirección:

—Lléveme al 1.100 de la West 33rd Street, en Hialeah.

CAPÍTULO VII

Frente al 1.100 de la West 33rd Street, Stack se apeó. El taxi se alejó, mientras el *budoka* se quedaba mirando su coche alquilado, que continuaba allí, donde él lo había dejado hacía diez horas. Diez emocionantes horas... que le parecían mucho más tiempo.

Llegó a pie ante el número mil doscientos veintidós. No se veía luz en la encantadora casa de Deborah Hogan, pero Stack entró en el jardín, lo cruzó, y llamó a la puerta. Después de insistir, una luz se encendió en alguna parte. Stack retrocedió, y miró hacia arriba. Una ventana del piso alto estaba iluminada. Y una figura humana, recortada por la luz que llegaba por detrás, apareció.

—¿Quién es? —llegó la dulce voz.

—El Viajero de la Luna —replicó Stack.

—¡Jerry! ¡Bajo enseguida!

Debbie fue velocísima. En pocos segundos llegó abajo, abrió la puerta, y se echó en brazos de Stack, que la abrazó por la cintura, la alzó, entró en la casa, y cerró la puerta de un taconazo... mientras Debbie Hogan se dedicaba a besarle apasionadamente, olvidada de todo.

—¡Oh, Jerry! —jadeó luego—. ¡Me alegra tanto que hayas venido! Estaba durmiendo, pero no importa. Es decir —rio—, ¡sí que importa! ¡Es tan aburrido dormir sola!

—Sin duda —asintió Stack.

—Vamos a... ¿Has visto a mi hermana? ¿Habéis llegado a un acuerdo en algo importante?

El *kendoka* sonrió, tomó de una mano a Deborah y fueron hacia la salita. Allí, Stack tomó la otra mano de la muchacha, y alzó sus brazos, obligándola a exponerse como en el inicio de un giro alegre. Debbie Hogan llevaba una camisita de dormir que era un juguete, un auténtico capricho. Ella sonrió maliciosamente, y movió el vientre con un gesto de intimidad total.

—¿Te gusto? —susurró.

—Estás preciosa... ¿Qué si me gustas? Mira, Debbie, me gustas

tanto, que no sabes cuantísimo lamentaría dejarte la cara como la de tu hermana.

—¿Qué… qué… qué? —abrió mucho los ojos Deborah.

Stack se sentó en un sillón, colocó sobre sus rodillas a Deborah, y le acarició amablemente las espléndidas formas.

—Te voy a contar un cuento, pequeña nietecita… Verás: había una vez dos hermanas, una de las cuales era doctora en Medicina, y tuvo un accidente, y quedó muy fea. Así, que entre eso y su ambición, llena de odio contra el mundo porque ella había quedado horrible, aceptó trabajar con un chiflado malvado que jugaba con cerebros humanos. Esa niña se llamaba Nancy, y se dedicó a dirigir grupos de hombres, diciéndoles cómo debían cortar cabezas y cómo transportarlas, etcétera. Era muy muy mala. La hermana de Nancy se llamaba Debbie. Era preciosa, preciosa… Así que no tenía por qué ser mala, ni odiar al mundo. Pero, como a Nancy, a Debbie también le gustaba mucho el dinero, así que se asoció con su hermana. De modo que, mientras Nancy se esfumaba y nadie sabía dónde estaba, Debbie se quedó en casita, para… atender recados. Pero no por teléfono, que eso podía ser peligroso, sino utilizando palomas mensajeras. Quiero decir, palomos, machos… Un día, se presentó en casa de Debbie un tipo llamado Stack, del cual Nancy ya le había hablado a Debbie, pero Debbie dijo que no conocía al tal Stack, y que lo único que podía hacer era avisar a su hermana de que él estaba aquí pidiendo una entrevista, un pacto. Entonces, Debbie envió uno de sus palomos. No uno cualquiera, sino uno especial, el que se utilizaba como determinada contraseña. Nancy recibió el palomo, leyó la nota del tal Stack, y envió a tres hombres muy feos a por el tal Stack. Tardaron poco más de una hora en llegar desde la casa de Los Everglades a la casa de Debbie, pero esperaron, vigilando… Mientras tanto, dentro de la casa de Debbie, esta y el tal Stack «hacían viajes a la Luna». Era un modo como otro de pasar el tiempo, pero además, mientras tanto, repito, Debbie se aseguraba de que Stack había venido solo; si Stack no hubiera venido solo, al tardar tanto él, sus amigos habrían entrado en la casa, por si le había ocurrido algo. Transcurridas tres horas de «Viajes a la Luna» y de preguntas «inocentes», Debbie comprendió que el tonto de Stack había llegado solo, que no tenía amigos afuera, y que no había dicho a nadie que estaría con ella. Así que cuando abrió la puerta a

los hombres feos que Nancy había enviado, les dijo cómo estaban las cosas, y los hombres feos, tranquilos, se dijeron que todo lo que tenían que hacer era darle un trastazo a Stack, llevarlo a la casa de Los Everglades sin que él supiera adónde iba, por si luego decidían que valía la pena negociar con él y lo dejaban marchar, y ya está. Stack estuvo en la casa de los pantanos, se enteró de todo, y le dijeron que muy bien, que aceptaban su oferta. Pero era mentira. Stack lo comprendió: se lo habían dicho ya todo, pero no porque confiasen en él, sino porque se habían divertido a su costa, unos y otras, y ahora solo quedaba matarlo. Pero Stack, que comprendió esto, se volvió también malo, se cargó a los tres hombres feos que tenían órdenes de matarlo y de tirarlo a un pantano, y regresó a Miami. Luego, Stack volvió a la casita de Debbie, la besó, le dijo que estaba preciosa y, finalmente, la advirtió de que si no le decía dónde está la casa de Los Everglades le iba a dejar la cara como la de Nancy, o peor. Debbie se hizo la tonta, como si no entendiera, pero Stack sabe que Debbie no es tonta, y que lo entiende todo. Y por último, Stack le pregunte a Debbie: ¿quieres que te deje la cara como la de la hermana... o prefieres decirme dónde está la casa de Los Everglades?

—Te lo diré —musitó Debbie, un poco pálida.

—¡Ah! Magnífico. La verdad es que no me gustaría dejarte como Nancy, querida Debbie. No, no me gustaría hacerlo, pero... Bien: ¿dónde está esa... casa-laboratorio-nido de asesinos locos?

—Necesito... necesito un plano de Florida...

—Es de suponer que tienes alguno en casa. Pero si no es así, yo sí tengo uno en el coche: lo facilitan al alquilártelo. ¿Vamos a buscarlo?

—No es necesario. Tengo uno aquí.

—Pues veamos ese plano del estado de Florida. Y te voy a decir una cosa, Debbie: no sé dónde está «exactamente» la casa, pero sí sé, más o menos, por dónde puede estar, de modo que si tus explicaciones señalan un terreno diferente al que yo recuerdo, carreteras, algún que otro punto de referencia, y cosa así, habremos emprendido los dos un mal camino. ¿Me comprendes?

—Sí... Sí.

—¿Ves como no eres tonta, Debbie?

—Voy a por el plano...

—Iremos los dos. Y tú verás lo que haces: puedo romperte los brazos y el cuello en solo un segundo... más bien escaso.

Fueron los dos hacia la librería, en cuya parte inferior había algunos cajoncitos. Debbie señaló uno de ellos, lo abrió, y la mirada de Stack fue allá. Había tarjetas postales, sobres, algunos planos, mapas... Stack lo sacó todo en un puñado, encontró el mapa del estado de Florida, lo separó, y señaló hacia el sofá.

Debbie comenzó a caminar hacia allí, pero se detuvo, y se volvió de nuevo hacia la librería.

—Cogeré un bolígrafo y un libro para apoyar el mapa...

—Muy bien.

La muchacha agarró un bolígrafo, miró una de las hileras de libros, seleccionó uno grande, y lo sacó, tendiéndolo a Stack, que lo tomó con las dos manos... mientras, rápidamente, la mano derecha de Deborah Hogan se hundía en el hueco que había dejado el libro.

—¡Ahora verás! —chilló.

La pistola apareció en su mano en el momento en que Stack le tiraba el libro, con tal puntería y fuerza que aplastó el brazo contra el pecho de Debbie, de modo que la bala salió rozando su seno izquierdo. Por el impacto del gran libro, Debbie chocó contra la librería, gritando furiosamente, y recuperándose enseguida, disparando contra el *kendoka*, que saltó hacia un lado; la bala pasó zumbando cerca de su oreja izquierda. Debbie se dispuso a disparar de nuevo, Stack se preparó para el salto que le llevaría contra ella...

¡Crack! crujió el nuevo disparo, mezclado con el estrépito de cristales rotos, que se proyectaron en todas direcciones dentro de la salita, desmenuzados.

Deborah Hogan saltó hacia atrás, fuertemente impulsada por la bala que impacto en su pecho, y que arrancó pequeñas salpicaduras de sangre. Chocó contra la librería, y cayó de bruces, quedando inmóvil, con la pistola todavía en la mano.

Stack se volvió a mirar hacia la ventana que había reventado el balazo. En el hueco dejado por los cristales, enmarcado en aristas, vio el tenso rostro de Sarah Barrow, y por delante la pistola que la sargento empuñaba con mano firmísima.

Sin decir palabra, el *budoka* se acuclilló junto a Deborah, y la volvió boca arriba, con gran cuidado. Mientras él la examinaba, Sarah metió la mano por el hueco, abrió la ventana, la empujó, y

entró ágilmente. Segundos después, estaba acuclillada junto a Stack.

—¿Está muerta? —susurró.

—No. Pero no creo que viva demasiado.

—Lo siento… ¡Pero tuve que hacerlo, Jerry!

—¿Ya no me llamas Stack?

—¡No pude contenerme cuando vi que disparaba contra ti!

—Está bien: esto ya es un hecho, así que hablar no sirve de nada… Debí comprender que seguirías jugando sucio. ¿Has venido sola?

—Sí. Estaba segura de que me habías mentido, así que esperé afuera, con el coche que me prestaron en el Departamento de Policía de Miami.

—Ser policía le proporciona a uno muchos recursos, según veo. Pero a ver si tienes un recurso para encontrar la casa de Los Everglades, ahora que Deborah Hogan no puede decirlo. Sarah Barrow se mordió un instante los labios.

—Ya te he dicho que lo siento… Aunque no demasiado: no habría podido… soportar que ella te matase, Jerry.

—Muy agradecido. Y no es ironía. Bueno, será mejor que llamemos una ambulancia. Arréglatelas tú con eso, mientras yo intento evitar que esta chica muera desangrada. Espero que tenga sábanas limpias, y algo parecido a un botiquín.

Media hora más tarde, Deborah Hogan había sido metida en una ambulancia evacuada de allí, en dirección al más cercano hospital, y Jerry Stack se encontró sentado en un sillón y observado por la sargento Barrow, el teniente de Homicidios del Departamento de Policía de Miami, Dan Sparrow, y tres policías más.

—Ahora… ¿qué? —gruñó Jerry.

—Bueno… Habrá que hacer algo para encontrar a esa gente, ¿no le parece?

—Dígame qué se le ocurre a usted.

Dan Sparrow frunció el ceño.

—Es de suponer que usted tiene una idea aproximada del lugar donde estuvo, y también podemos suponer que los pantanos no están precisamente llenos de casas. Generalmente, son edificaciones destinadas a recreo, aisladas. No, no hay muchas. Los que se construyen una casa por esos lugares buscan, generalmente, soledad. Podemos dar una batida, y estoy seguro de que

encontraremos la casa. ¿Le parece posible?

—Sí.

—Bien. Organizaremos la...

—¿De noche? —masculló Stack—. Usted debe creer que yo tengo radar, como los murciélagos.

—De acuerdo —casi sonrió el teniente—. Podemos perfectamente esperar a la mañana. Mientras tanto, sería una buena idea que algunos de nosotros nos quedásemos aquí, por si la hermana de esa chica enviaba a alguien. Eso simplificaría las cosas.

—Buena idea —masculló Jerry, poniéndose en pie—. Pero no me hace gracia quedarme aquí y participar como mirón en un posible tiroteo estúpido. De modo que si no tienen inconveniente, me iré a descansar a mi motel.

—Lo llevaremos con uno de nuestros coches.

—No hace falta. Tengo el mío muy cerca de aquí. Agradecido, de todos modos.

—O sea, que te vas —murmuró Sarah.

—Ya sabes que no me gustan las aglomeraciones.

—Te acompañaré.

—¡Vete al cuerno! —rechazó, groseramente, Stack.

Y dejando no poco sorprendida a Sarah Barrow, Jerry Stack se dirigió hacia la puerta-ventana que daba al jardín de atrás...

—¿Adónde vas por ahí? —preguntó Sarah, molesta.

—No me gustan los curiosos. Apuesto a que todavía hay gente ahí fuera esperando ver unas cuantas docenas de cadáveres. ¿Hay algún inconveniente en que salga discretamente de la casa?

—Claro que no —musitó la sargento Barrow.

—Pues adiós.

Salió al jardín de atrás, fue directo a la jaula donde estaban los palomos, abrió rápidamente la jaula, y metió la mano dentro. Agarró uno, y lo escondió bajo la chaqueta. El animal ni se movió, ni emitió sonido alguno, hasta el punto de que al *budoka* le pareció de mentirijillas, como un extraño muñeco. Saltó la valla de separación de aquel jardín con el vecino, y se alejó evitando encuentros con nadie. Frente a la casa, tres coches policiales, y algunos agentes de uniforme, esperaban acontecimientos. Pero, ciertamente, no fue acontecimiento alguno la marcha de Stack hacia su coche.

Un par de minutos más tarde, Jerry Stack conducía hacia el Ocean Motel, con el palomo todavía bajo su chaqueta, inmóvil. ¿No sería de trapo aquel animalito? Lo sacó con una mano, y lo miró. La mirada que le dirigió a su vez el palomo le pareció estúpida, inexpresiva.

Lo primero que hizo Stack al llegar a su cabaña del Ocean Motel fue meter al palomo dentro del armario. Luego, buscó la guía telefónica, y la estuvo hojeando hasta encontrar lo que buscaba. Llamó a aquel número, pero todo lo que consiguió fue que le remitieran a otro. Aquí, sí tenían lo que Stack buscaba, y tras unos minutos de conversación, todo quedó concretado, para las siete de la mañana. Conseguido esto, Jerry Stack se desnudó, se metió en la cama, apagó la luz, y se durmió.

CAPÍTULO VIII

A las seis y media en punto, abrió los ojos, saltó de la cama, y procedió a vestirse rápidamente. Por la ventana del dormitorio se veían las primeras luces del día, de una lividez amarillenta. Ya vestido, el *budoka* abrió el armario, y sonrió al ver al palomo. Lo agarró, y lo acercó a su rostro, sonriendo aún más.

—Buenos días, amiguito. Observo con complacencia que tu mirada ya no es estúpida. ¿Qué te parece si nos vamos a dar un paseo?

Salió del *bungalow,* fue al coche, y, segundos después, partía. El silencio era simplemente maravilloso, el día prometía raudales de sol. Por detrás de Stack, el mar, rizado de blanca espuma, se perdía hacia el Este, teñido de sol.

Mientras se dirigía hacia la salida del motel por entre arbustos de flores y palmeras, Stack iba mirando a todos lados. Sonrió al ver el coche detenido cerca de la entrada. No había nadie en el coche aquel, pero, sonriendo, Stack detuvo el suyo, se apeó, y fue hacia el otro vehículo. Abrió la puerta del conductor... y amplió su sonrisa al ver en el asiento a Sarah Barrow, echada hacia el asiento contiguo, de modo que no se la podía ver desde fuera. Y no estaba dormida, desde luego.

—Eres de una terquedad admirable —saludó Stack—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Regular —se incorporó Sarah, sentándose bien y bostezando.

—La habrías pasado mejor en una cama. Bueno, según parece estás decidida a no perderme de vista, ¿no es así, sargento?

—No quiero que te ocurra nada, Jerry.

—Fantástico —sonrió secamente el *budoka*—: es la primera vez que tengo un ama de cría.

—No pretendo humillarte —enrojeció Sarah—. Pero con esa manía tuya contra las armas de fuego...

—Casi nunca son necesarias. Dime, sargento: ¿verdad que sabrías pilotar un helicóptero?

—Claro.

—Ven —Stack le tendió la mano—. Ya previne esto, de modo que no contraté piloto. Solo el aparato.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sarah, saliendo del coche.

—Ya te lo he dicho: a dar un paseo en helicóptero. Apuesto a que nunca en nuestra vida habremos visto nada tan hermoso como el amanecer del día de hoy. Iremos en mi coche.

—Eres muy romántico —rio Sarah.

Acto seguido, y sin soltar la mano de Stack, se desperezó, alzando los brazos, proyectando sus senos.

—Me pregunto qué será de mí cuando mi ama de cría me abandone —susurró el *budoka*.

Sarah se apretó contra él, y le besó en los labios. Luego, musitó:

—Las buenas amas de cría jamás abandonan a sus pequeñuelos… mientras estos las necesitan.

—Ya veremos si eso es cierto.

Tiró de ella hacia el coche. Sarah no pareció muy sorprendida cuando, al ir a sentarse junto a Jerry, vio, en el asiento, al palomo. Lo tomó, sonriente, y lo alzó ante su rostro.

—¡Qué precioso y simpático animalito!

—No te fíes de él: es un traidor.

El coche partió.

—¿Cómo, un traidor? —protestó Sarah.

—Ya lo verás. Va a delatar a sus amos. ¿Eso no es ser traidor?

A las siete en punto de la mañana, desde el helipuerto donde Jerry Stack había reservado telefónicamente un helicóptero la noche pasada, el *budoka* y la policía emprendían el vuelo. Sarah Barrow pilotaba el aparato, y junto a ella, Stack sujetaba con ambas manos al palomo.

—¿No te lo decía yo? —señaló Stack hacia abajo—. ¡Es una vista panorámica impresionante!

—Muy bella, ciertamente. ¿El palomo es para comérnoslo para desayunar?

—Mi corazón alberga tanta ternura que jamás haría eso. ¿Qué te parece sí, sencillamente, le damos la libertad al bichito?

—Es una idea conmovedoramente dulce, Jerry.

Stack sacó una mano fuera del aparato, sujetando al palomo. Lo soltó, y tras un brevísimo descenso a plomo, las alas del animal se

distendieron. Comenzó a elevarse, mientras el helicóptero se alejaba. Con la cabeza vuelta, Stack lo vio evolucionar, y sus labios se apretaron en seca mueca cuando le vio emprender, sin la menor vacilación, el vuelo hacia el Sur.

—A ver si eres capaz de seguirlo, sargento.

—Lo intentaré —sonrió Sarah, maniobrando para tomar también rumbo sur con el helicóptero.

* * *

Dejaron de oír el zumbido del helicóptero, y durante unos segundos permanecieron inmóviles. Luego, *Kami* San se volvió en el lecho hacia *Kami*, que estaba también completamente desnuda... y sin la máscara.

—Ha seguido vuelo —dijo *Kami* San, volviéndose hacia ella—. Nada que temer.

—Me pregunto —susurró la muchacha de espléndido cuerpo y rostro horrendo—, cómo puedes soportar verme así, Warren.

—Eres hermosa, ¿no? —sonrió *Kami* San.

—Lo fui. Ahora...

—Recuerdo tu rostro, y para mí es suficiente. Por otra parte, no olvides que estoy enamorado de tu cerebro, no de tu rostro, ni de tu cuerpo.

—¿De mi cuerpo tampoco? —sonrió horriblemente *Kami*—. ¡Pues parece todo lo contrario!

—No sabes lo que dices —murmuró *Kami* San—... Es tan espléndido, tan joven y hermoso, que me pasaría el tiempo adorándole...

—¿Quieres seguir adorándole? —ofreció ella.

—No... Ahora. Ya hace rato que ha amanecido, así que los hombres deben estar preparados. Iré a ver. Y desde luego, si al mediodía no sabemos nada de los otros, ni de Stack, quizá sería conveniente que empezásemos a pensar en abandonar este lugar. Si tuvieron un accidente, lo sabremos. Si no aparecen por parte alguna, habrá que pensar que Stack los venció, fuera como fuese, y que quizá en estos momentos están prisioneros de la policía... Y por mucho que se resistan, acabarán delatando este lugar. ¡Sin olvidar a tu hermana, a la que Stack sabe perfectamente dónde encontrar!

—Debimos matar a Stack aquí mismo.

—Me pareció mejor idea hacerlo lejos, y tirarlo a un pantano. En fin, ya de nada sirve lamentarse. Voy a ver si están preparados para salir.

Kami San se vistió rápidamente, se pasó las manos por los alborotados cabellos, y abandonó el dormitorio. Durante unos segundos, Nancy Hogan permaneció inmóvil en la cama, mirando sus pechos, su liso vientre, las bien torneadas piernas. Luego, se pasó, como temiendo quemarse, dos deditos por sus destrocadas facciones. Se estremeció ante los recuerdos. Odiaba al mundo. A todos. Y al primero de todos, a *Kami* San. Pensó en las concesiones amorosas que le hacía, y se estremeció de nuevo.

—No importa —susurró—. Seguiré aceptando su contacto sexual hasta que me convenga. Luego, cuando todo esté organizado y él ya no sea imprescindible, lo mataré... y yo seré quien lo dirija todo... ¡Yo seré quien tenga el máximo poder! Conseguiré una cara nueva, sea como fuera... Y me haré operar el cerebro, para ser la persona más inteligente, más genial del mundo...

Oyó el rumor de un coche alejándose, y eso disipó sus pensamientos. Los hombres iban en busca de los que la tarde anterior se habían llevado a Stack. El maldito Stack, que le había arrancado la máscara...

Ahuyentó estos pensamientos, y saltó de la cama. Se vistió desganadamente, abandonó el dormitorio, y se cruzó con *Kami* San, que alzó las cejas, sorprendido.

—¿Ya te has levantado?

—Una vez despierta, no vale la pena continuar en la cama. ¿Por qué no preparas el desayuno, mientras yo les doy de comer a los tres?

—De acuerdo —asintió *Kami* San—. Deberías empezar a acostumbrarte a la idea de prescindir de ellos: si tenemos que marcharnos de aquí, no podremos llevarlos, querida.

—Pero todavía estamos aquí.

Nancy Hogan se dirigió a la parte de atrás de la casa, salió, y fue al pequeño cobertizo cercano, cuya puerta abrió, y entró rápidamente. Allí, encerrados en veinte metros cuadrados, estaban sus tres mejores amigos... Había tenido cuatro, pero uno había muerto... Lástima. Deborah le había pedido la piel, y no había

tenido más remedio que regalársela. ¡Nancy! Tan hermosa, tan joven... ¡También la odiaba! Sí, seguramente, a quién más odiaba era a su hermana, precisamente porque se parecía tantísimo a ella... cuando ella era un ser humano agradable de contemplar...

Alargó las manos, y acarició las cabezas a dos de los tres hermosos leopardos que se habían acercado a ella con la mansedumbre de unos gatitos.

—Buenos días, queridos, buenos días... ¿Tenéis apetito, ya? ¡Vamos a solucionar eso rápidamente! Vamos a dar de comer a mis gatitos. ¿Cómo estás, «Satka»? ¿Y tú, «Onik»? ¿Qué tal has pasado la noche, «Kita»?

Los leopardos se restregaban contra las piernas de *Kami*, que los iba acariciando dulcemente, sonriendo al oír el denso runruneo de los hermosos felinos. Rodeada por ellos, fue hacia la cámara frigorífica instalada allí mismo, y en la que guardaba la carne que semanalmente compraba en sitios diferentes. Cuando abrió la puerta, los tres leopardos se sentaron de cuartos traseros delante de ella, pacientes y educados...

Y, sin embargo, *Kami* tenía la impresión de que sus amiguitos estaban nerviosos aquella mañana. ¿Por qué sería?

* * *

El helicóptero había quedado atrás. Jerry Stack y la sargento Barrow contemplaban la casa desde detrás de unos arbustos. No se veía a nadie, todo estaba muy tranquilo. Y habían visto marchar en el coche a los hombres disponibles de *Kami* San y *Kami*.

—Es una locura —musitó Sarah—. Comprendo que no te gusten las armas de fuego, Jerry, pero...

—Ya está todo hablado. Tú esperarás aquí, y solo intervendrás si es estrictamente necesario.

—Pero, Jerry, escucha... Si esperamos a estar todos...

—¿Todos? ¿A quiénes te refieres?

—¡Oh, vamos! —protestó Sarah, casi enfadada—. ¡No eres el único ser inteligente del planeta! El teniente Sparrow y yo vimos los palomos después que tú te fuiste, y sacamos nuestras propias conclusiones, muy fáciles teniendo en cuenta que tú me habías hablado del sistema que utilizaba Deborah Hogan para comunicarse

con su hermana. ¿Por qué crees que pasé la noche vigilando tu *bungalow?* Sabía que te habías llevado un palomo, y sabía que intentarías esto... Pero no has sido el único: Sparrow y algunos policías más no tardarán en aparecer por aquí, siguiendo a los otros dos palomos. ¿Está claro? Cuando me enviaste al cuerno comprendía que a toda costa querías alejarme, y como ya te voy conociendo...

—Ya veo que eres muy lista. Pero esta parte de la acción es mía, y tú eres mi subordinada. ¿Está esto claro, también?

—Sí, pero... Vamos, Jerry, yo soy policía, así que...

—Ya que eres policía, espera a tus compinches. Adiós.

Sin darle tiempo a reaccionar, Stack salió de entre los arbustos, y se dirigid corriendo hacia la casa, inclinado. El silencio era total. Llegó al porche sin novedad, y se detuvo ante la puerta, que estaba abierta. Atisbo al interior, no vio a nadie, y entró, cautelosamente. Parecía que sus pies no tocaban el suelo.

Lo primero que vio, colocado verticalmente en un rincón, como un viejo trasto olvidado, fue su estuche. Se acercó, lo abrió, y su rostro se iluminó al ver la *katana* dentro. La sacó, la empuñó con las dos manos, y sonrió, fríamente.

Pasándose el sable a la mano izquierda, se adentró por el pasillo. Olía a... Sí, olía a café. ¿Y a tocino, también? Empujó la puerta que ya conocía, y vio el laboratorio. Se estremeció al ver los cerebros flotando dentro de aquellas peceras. Era siniestro todo aquel asunto... De alguna parte cercana le llegó el rumor de una voz.

Su cabeza se movió, suave, venteando como un felino. Caminó hacia aquella puerta, escuchó unos segundos colocando una oreja pegada a la madera, y luego la abrió, y entró en el dormitorio. Un gran dormitorio común, donde los cinco colegas de *Kami* San se estaban vistiendo y cambiando algún que otro comentario.

Los cinco quedaron petrificados al ver a Jerry Stack ante ellos, con la *katana* en la mano izquierda, sosteniéndola como dulcemente. Una mano poderosa, de largos dedos fortísimos, nervudos. Una mano que parecía formar parte inseparable del largo mango, tan dura como este mismo.

—Caballeros, buenos días —sonrió acremente Stack—. Es fácil deducir que ustedes no son hombres de acción... ¿Cierto? Por lo tanto, tengamos la fiesta en paz, no me obliguen a ser duro con

ustedes: agarren unas cuantas corbatas, o cualquier cosa parecida, y procedan a amarrarse unos a otros. Y en silencio. ¿Me he explicado bien?

Parecía que nadie fuese a moverse. Ni siquiera el científico que, desnudo, sostenía en las manos los calzoncillos, que había estado a punto de ponerse cuando apareció Stack. El cual, suavemente, se cambió el sable a la mano derecha.

—Por favor —insistió—: no quiero humillarme a mí mismo haciéndoles daño. Procedan, caballeros. Y díganme: ¿quién más hay en la casa?

—No lo sabemos —murmuró uno de los científicos.

—Está bien. ¿Qué esperan?

Hubo un cambio de miradas entre los cinco hombres. El de los calzoncillos los dejó caer, dio un par de pasos hacia el gran armario empotrado... y de pronto, lanzando un grito, se abalanzó sobre el *budoka*. Su gesto pareció provocar una descarga eléctrica en los otros cuatro, que le imitaron, enfurecidos, gritando, blandiendo los puños...

Stack *Kendo Yodan* ni siquiera se inmutó.

El sable silbó en el aire, describiendo un velocísimo círculo, como un relámpago, y girando, fue a golpear, con el lomo, en la cabeza del primer atacante, con fuerza controlada. Allí, la hoja de acero pareció talmente rebotar, giró de nuevo al mismo tiempo que lo hacía Stack en delicadísimo *taisabaki,* y el lomo del arma golpeó a otro hombre en un lado del cuello, derribándolo también como fulminado, y rebotando de nuevo, con la maestría que las manos de Stack habían adquirido en casi quince años de dedicación al Kendo.

Era como un juego.

Dos de los hombres llegaron hasta él, sin embargo, y uno de ellos, incluso, consiguió golpear a Stack en un hombro... Una milésima de segundo más tarde, la rodilla del *budoka* se hundía entre su ingles, con tal potencia, que el hombre cayó como muerto a sus pies, encogido, desencajado el rostro... mientras Stack efectuaba otro *taisabaki* y movía de nuevo la *katana,* golpeando, ahora, con el extremo del mango en la frente de su más próximo antagonista, y derribándolo de espaldas como si hubiese recibido un cañonazo...

El último que quedaba en pie, aterrado, gritó y alzó los brazos para protegerse la cabeza cuando vio aquel relámpago de acero que

acudía a su encuentro... El acero desvió su trayectoria de modo increíble, describió como una S en el aire, y fue a golpear en un costado del hombre, siempre con el lomo. El hombre lanzó un berrido, bajó los brazos, y el relámpago fue de nuevo hacia su cabeza, esta vez sin apelación. La cabeza crujió, y el hombre cayó sin sentido a los pies del *kendoka*.

Afuera se oían voces.

Tranquilamente, Stack se volvió, olvidado ya de aquellos cinco hombres, con los que, de haber querido, habría realizado una auténtica masacre. Pero su benevolencia desapareció cuando *Kami* San apareció en la puerta del dormitorio, alterado el rostro, muy abiertos los ojos, y empuñando una pistola. Al ver a Stack, sus facciones se desencajaron aún más, y una maldición brotó de sus labios, mientras alzaba la pistola...

¡Fffsss! silbó la *katana,* cortando el aire aquellos tres metros, volando como una lanza, hacia el pecho de *Kami* San. El acero se hundió, allí, con escalofriante sonido, y con tal fuerza que *Kami* San fue lanzado al otro lado del pasillo, donde chocó contra la pared, cayó de bruces, y acabó de hundirse el sable en el pecho hasta que la punta apareció por la espalda.

—¡Aaaaa...! —se oyó el breve estertor de *Kami* San.

Un poco alterado el rostro, Stack se acercó a él, le dio la vuelta, y arrancó la *katana,* con seco y suave tirón, como si no realizase esfuerzo alguno. Entró en el dormitorio, y limpió la hoja en la ropa de una de las literas, moviendo la cabeza con disgusto... Ahora olía a tocino quemado...

Segundos después, Stack apagaba el fuego en la cocina de gas butano, y la negra carne de cerdo dejó de chisporrotear, pero continuó despidiendo un irritante humo. Stack salió de la cocina, y pocos segundos más tarde veía el otro dormitorio con literas, donde, sin duda, dormían los asesinos... tres de los cuales estaban muertos, y los otros tres, lejos de allí, precisamente en busca de sus compañeros... Solo quedaba otro dormitorio, en el que había una cama grande, revuelta.

¿No había nadie más en la casa?

¿Dónde estaba *Kami*... Nancy Hogan?

Stack abandonó este último dormitorio, y continuó hacia el fondo de la casa. Abrió aquella puerta y salió. Frente a él vio el

cobertizo de madera. Comenzó a caminar hacia allí, con el sable en la mano derecha, deslizando sus pies siempre paralelos al suelo, como en una *kata.*

Vio moverse la puerta del cobertizo, y se detuvo. Quedó en *kamae,* en guardia, listo, preparado para todo... menos para lo que vio.

Primero, vio a *Kami,* y al distinguir sus horrendas facciones, se estremeció. Pero enseguida las olvidó, y olvidó el brillo de odio en aquellos ojos hundidos entre horribles cicatrices, y volvió a estremecerse al ver aparecer un leopardo. Su mente pareció saltar en el tiempo: se vio a sí mismo haciendo el amor con Debbie, sobre la piel de leopardo...

Apareció otro leopardo. Y otro.

Stack parecía clavado al suelo. Su rostro permanecía hermético, impasible... pero desde su nuca a los pies continuos estremecimientos esparcían oleadas de frío.

—Ah, señor Stack —pareció que sonreía *Kami*—, ha vuelto usted. Sea bien venido. ¿Conoce a mis amiguitos? Se llaman «Onik», «Satka» y «Kita». ¿No le parecen encantadores?

El rostro de Stack permaneció inescrutable.

—Es usted un hombre en verdad extraordinario, señor Stack. ¿De verdad ha venido solo? Y ya veo que se ha apresurado a recuperar su bonito juguete. Si Nakajima estuviese aquí le diría que intentase enfrentarse a usted, pero no está. Salió con los otros dos que nos quedaban, a ver qué había ocurrido. ¿Qué ocurrió anoche, señor Stack?

El *budoka* se pasó la lengua por los labios, fija su mirada en los leopardos, que se movían nerviosamente de un lado a otro, pero siempre cerca de *Kami*, rodeándola.

—¿Ha perdido la lengua, señor Stack? Bueno, no importa... ¡A fin de cuentas solo le servía para decir mentiras...! En cambio, mis amiguitos nunca mienten. Los tengo desde que eran poco más grandes que gatitos... ¡Me adoran! Para ellos, yo no soy un ser horrible, ¿comprende? Me aman, y eso es todo. Yo los limpio, les doy de comer, los acaricio, los saco a pasear... De vez en cuando, los dejo sueltos por los pantanos... ¡Tendría que verlos cazando, señor Stack! ¿Se imagina usted a tres leopardos en pos de una pieza? Adivine a qué velocidad pueden correr estos animalitos...

Asómbrese; ¡a más de cien kilómetros por hora! ¿Y sabe cuál es la máxima velocidad que puede alcanzar un hombre, por ejemplo? He calculado que alrededor de cuarenta kilómetros por hora. Eso, claro está, suponiendo que pudiese correr siempre a la máxima velocidad olímpica... lo que no está al alcance de cualquiera, ¿no cree? ¿A qué velocidad calcula que puede correr usted, señor Stack?

Stack permanecía mudo e inmóvil. *Kami* lanzó una carcajada.

—Me parece que se le ha secado la garganta, señor Stack... ¿No quiere facilitarme esa información? Bueno, no voy a tener más remedio que obtenerla por mí misma: ¡puede empezar a correr cuando guste! Y no se preocupe si le parece que corre demasiado: mis gatitos le alcanzarán, de todos modos... ¡Kak! —gritó, de pronto.

Evidentemente, la palabra kak tenía un clarísimo significado para los leopardos, porque apenas oírla dejaron de dar vueltas alrededor de *Kami,* y se orientaron hacia Jerry Stack, que sentía como si las rodillas se le estuviesen derritiendo.

Pero recuperaron su solidez, bruscamente, cuando los tres leopardos se abalanzaron contra él, en silencio. En aterrador silencio.

El *kendoka* dio un paso al encuentro de los felinos, inclinándose en el momento oportuno para que los dos primeros, empujándose uno al otro, pasaran por encima de su cabeza... Hubo un centelleo de acero al sol de la mañana, y la *katana,* impulsada por las vigorosas manos del *kendoka,* cercenó, de un solo tajo espeluznante, la cabeza del tercer leopardo...

—*¡DOYOOOOOOOOO...!* —resonó el *kiai* del *budoka.*

El cuerpo del felino cayó a sus pies, la cabeza saltó por el aire. En la puerta del cobertizo, *Kami* gritó como si acabasen de herirla a ella.

—¡Kak! —aulló—. ¡Kak, kak, kak!

Unos metros más allá, los dos leopardos habían terminado su agilísimo vuelo, y cayeron volviéndose, excitados por la orden, y, al parecer, desconcertados por el *kiai, que* había hecho vibrar sus finísimos oídos.

—*¡DOYOOOOOOOOOOOOO...!* —lanzó de nuevo Stack, el potente aliento del *kiai.*

Los leopardos parecían clavados al suelo, ahora.

—¡Kak, kak, kak...!

Stack se movió hacia *Kami*, y eso hizo reaccionar a los felinos, que de nuevo corrieron hacia él, auténticas fieras de enormes fauces... El *kendoka* se dejó caer al suelo, y de nuevo los esquivó. Su rostro estaba blanco como la leche. Se puso en pie de un salto cuando todavía los leopardos estaban en el aire, y corrió hacia la zona pantanosa. ¡Si conseguía llegar al agua, podría ponerse a salvo, sabía que un hombre nadaba mucho más rápidamente que un leopardo, o un tigre, o...!

Corriendo a una velocidad de la que jamás se habría creído capaz, Stack volvió la cabeza. Los cabellos se le pusieron de punta al ver a los dos leopardos a menos de seis metros de él, prestos ya para el salto contra su espalda. En el momento en que lo efectuaban con un poderío aterrador, Stack volvía a dejarse caer de bruces... Pero esta vez solamente engañó a uno de los felinos, que pasó por encima de él, mientras el otro, acortando el salto, caía sobre Stack en el momento en que este giraba y alzaba la *katana,* empujándola con ambas manos.

La punta de acero atravesó la hermosa piel, y un rugido estremeció de pavor la fauna de los pantanos. El animal, ensartado en el sable, cayó con todo su peso sobre Stack, que giró velozmente, soltando la *katana* para alejarse del leopardo, que lanzaba tremendos zarpazos mientras rugía ferozmente su rápida agonía.

El otro leopardo había caído ya, con la cabeza vuelta hacia su presa, y regresaba, arrancando tierra y salpicaduras de barro. En el momento en que sus patas traseras, finalmente, se afirmaban con fuerza en el suelo para salir catapultado hacia Stack, resonó el trallazo del disparo.

¡Crack!

El animal rugió, rodó por el suelo, se puso en pie, y reanudó su carrera hacia Stack... ¡Crack!

Un nuevo rugido pavoroso se extendió por la jungla pantanosa, el animal dio una vuelta en el aire, rodó, y se puso de nuevo sobre las patas, estremecido de furia inaudita... Stack retiró el sable del cuerpo del otro leopardo, se encaró al leopardo, que cargaba de nuevo contra él, y alzó el arma. El leopardo estaba muriendo, pero en el aire, sus garras se disponían a lanzar el zarpazo que podía destrozar la cabeza del *kendoka*, casi ahogada su respiración por la

veloz e inútil carrera de fuga…

Pero aún quedaba algo en el cuerpo de Jerry Stack. Siempre queda una pizca de energía en todo cuerpo. Solo hay que saber encontrarla y utilizarla. Si se sabe hacerlo, siempre se tiene aliento para luchar, para resistir, siempre queda el aliento del *kiai*…

—*¡DOYOOOOOOOOOOOOO…!*

El sable silbó, la hoja se hundió en el centro de la cabeza del leopardo, que se abrió con seco crujido. El animal cayó sobre Stack, empujándolo con todo su peso, derribándolo, aplastándolo… y finalmente rebotando sobre él y cayendo a un lado, lanzando zarpazos en los últimos movimientos reflejos… hasta que quedó inmóvil.

Cuando Stack dejó de mirar al animal y se puso en pie, vio ante él a Sarah Barrow, pálida como un cadáver, sosteniendo en la mano la pistola.

ESTE ES EL FINAL

—Entonces... ¿admites que las pistolas también son útiles?

Jerry Stack refunfuñó algo, giró, y besó a Sarah, que le agarró la cabeza, e insistió, obligándole a mirarla:

—¿Lo admites?

—Igualmente habría acabado con los tres —dijo Stack, con todo aplomo.

—¡Oh, santo cielo! —se exasperó la sargento Barrow—. ¡Eres el hombre más fanfarrón y creído que he conocido en mi vida...!

—¿Has conocido a muchos?

—Pues sí, a muchísimos... Un momento: ¿a qué te refieres?

—A lo que estamos haciendo, ahora.

Sarah Barrow soltó la cabeza de Stack, y se abrazó a su cuello. El sol ponía franjas de cegadora luz en las entornadas persianas del *bungalow* del Ocean Motel, y algunas de esas rayas llegaban a los dos cuerpos desnudos, abrazados en la cama.

—Vamos a ver, Stack —refunfuñó la muchacha—. Hemos terminado bien los dos nuestro trabajo, ¿no es así? Sparrow y sus hombres cazaron a Nakajima y a los otros dos, se hicieron cargo de los científicos y del cadáver de *Kami* San, detuvieron a Nancy Hogan, y con esta y con su hermana, cuando esta se recupere, tendrán información más que suficiente para cazar a los de Washington, y a otros asesinos que están por ahí esperando instrucciones. Seguramente, a mí me ascenderán, tú recibirás lo que más estimas, esto es, la aprobación de tu *Sensei*... ¿Correcto?

—Pues... sí. Así están las cosas.

—¿Y crees que es el momento de ponerte a preguntar sí, antes que tú, he conocido a otros hombres?

—Bueno...

—¿Eres celoso?

—¿Yo? ¡Claro que no! ¡Qué tontería!

—Entonces... ¿por qué no nos dejamos de tonterías y nos dedicamos a nosotros? Solo tengo dos días de permiso... ¿Los vamos

a dedicar a hablar de tonterías?

—No —sonrió Jerry—. Mejor que no. Lo que podemos hacer es descansar, y cosas así ¿Te parece que salgamos a la playa para...?

—¡No señor! —se indignó Sarah—. ¡Nada de playa! ¡Ya estuvimos allí esta mañana, y vi cómo aquellas chiquitas te devoraban con los ojos, y...! ¡Nada de playa!

—Caramba —sonrió Jerry—. ¡A ver si va a resultar que la celosa eres tú, sargento! ¿Lo eres?

—Bueno...

—¿Lo eres?

—Pues... ¡Está bien, yo sí lo soy! ¿Qué pasa? Pero tengo mis buenos motivos para serlo: ¡Sé perfectamente que si me descuidase un segundo, cualquiera de esas tontas de playa se apresuraría a ocupar este sitio en tu cama! ¡Y de eso, nada!

—Demonios... ¡Vaya si eres celosa, sargento! ¡Y de las grandes!

—Tendrás que soportarlo... Pero si soy celosa —Sarah comenzó a dar besitos a Jerry en la barbilla, y en las comisuras de la boca— es porque... te amo... ¡Te amo locamente, Stack!

—Pues a ver cómo me lo demuestras, sargento...

FIN

[1] *Yodan significa cuarto Dan.*